

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IX - Nº 100 Agosto de 2026

En las sendas de la confianza, fidelidad a la vocación

Delicada misión



J.P. Ramos

Designado, por un honroso mandato del pueblo paulista, para representar el pensamiento católico en la Constituyente de la segunda República, desde luego se presentaron a mi espíritu los trazos más salientes de mi delicada misión.

Diputado católico, me incumbía encaminar lo mejor de mis esfuerzos en pro de los derechos espirituales del pueblo brasileño. Delante de mis ojos, estaba una nación precozmente conturbada por todos los gérmenes de disolución que sacuden el viejo continente europeo. Organismo sano, dotado por la Providencia de una pujanza casi inagotable, el Brasil se veía, sin embargo, minado por una serie de crisis convergentes, directa o indirectamente provocadas por la agonía en que hoy el mundo se debate, y singularmente agravadas por circunstancias locales.

Sentía vibrar en mí la persuasión absoluta de todos los laicos católicos, de que Brasil solamente podría encontrar el remedio para sus numerosos males en una restauración de sus tradiciones religiosas. Esta restauración, sin embargo, no debería ser de forma alguna el regreso pura y simplemente del pasado, sino la readaptación de nuestra vida pública y particular a los valores espirituales eternos y, por lo tanto, de una perenne actualidad, que refulgen en las tradiciones de nuestra Historia.

(Extraído de O Estado de São Paulo, *6/10/1934)*

Sumario



Vol. IX - No. 100 Agosto de 2026

En la portada,
Nuestra Señora del
Buen Consejo.
Iglesia de San Agustín,
Cádiz, España.

Foto: Flávio Lourenço

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

SEGUNDA PÁGINA
2 *Delicada misión*

EDITORIAL
4 *Fidelidad a la misión*

PIEDAD PLINIANA
5 *Ánimo y confianza de hijos auténticos*

LIGA ELECTORAL CATÓLICA
6 *V - Las primeras perplejidades de un batallador*

LIGA ELECTORAL CATÓLICA
16 *VI - Frente a las incertidumbres, confianza puesta en Nuestra Señora de las Victorias*

LIGA ELECTORAL CATÓLICA
22 *VII - Heroica lucha interior en medio a las glorias del prestigio*

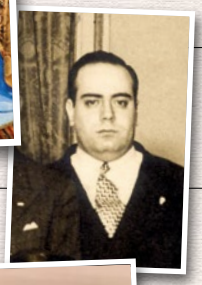
SANTORAL
26 *Santos de Agosto*

LIGA ELECTORAL CATÓLICA
28 *VIII - Fidelidad incólume al ideal*

ÚLTIMA PÁGINA
36 *Régimen de gobierno marial*

















Editorial

Fidelidad a la misión

La lid emprendida por el Dr. Plinio como diputado – cuya narración concluye en esta edición[1] – trascendía casi al infinito la mera actuación política, pues, siendo él fundamentalmente un líder católico, no buscaba su realización en una brillante profesión, sino en el cumplimento de una misión. Por eso, no dudó en sacrificar la carrera para ser fiel a su misión. Con el espíritu impregnado de los principios expuestos a seguir[2], su objetivo era llevar al Brasil a la grandeza espiritual y, en consecuencia, material, para la cual Dios lo destinó.

De acuerdo con la doctrina tradicional de la Iglesia, el catolicismo es compatible con todas las formas de gobierno, sean ellas monárquicas, aristocráticas o democráticas.

No han faltado, sin embargo, católicos desorientados que sustentan que únicamente la monarquía es compatible con el catolicismo. Y, por otro lado, ya hubo alguien que afirmó que solamente la democracia se podría encuadrar dentro de los legítimos principios católicos.

Con esas dos doctrinas erróneas, la Iglesia sería arrancada del excelso trono de su misión sobrenatural, para ser arrastrada a las luchas políticas en las que solo se entrechocan intereses humanos.

Como si no bastase tal situación, aparecieron adversarios de la Iglesia que, acusándola de mero instrumento político en las manos de las clases llamadas reaccionarias, la consideraban incompatible, ya en sus principios, ya en su acción concreta, con el genuino régimen republicano.

Cuando irrumpió en la Europa católica del siglo XVI el siniestro huracán del protestantismo, la organización política de todos los pueblos era, en sus trazos generales, modelada según los principios cristianos.

Formas de gobierno, las había de todo tipo, presentando inclusive una diversidad mucho mayor que en nuestros días, lo que atestigua el genio político de los estadistas medievales.

En la Edad Media había tanto monarquías hereditarias como electivas, junto a las cuales coexistían repúblicas que se gobernaban de acuerdo con los principios democráticos. Y, estableciendo una ligadura entre formas tan diversas, una única característica constante se notaba en el derecho público de la época: la pretensión oficial de respetar –al menos en tesis– los principios cristianos de organización político-social.

Todas las formas de gobierno vivían, por tanto, a la sombra de la Iglesia, aprobadas por ella y, con frecuencia, formadas al soplo vivificador de las propias autoridades eclesiásticas.

Justificando con la doctrina esta situación de hecho, Santo Tomás de Aquino, el representante más autorizado del pensamiento medieval, nos legó los siguientes principios, hasta hoy desposados por la Iglesia.

El hombre, sociable por naturaleza, fue creado por Dios con cualidades tales, que su vida en sociedad solo se torna posible mediante la existencia de un poder público que gobierne y coordine hacia el bien común las actividades individuales.

Consecuentemente, la autoridad existe en el Estado por disposición de la voluntad divina, y obedecer a la autoridad pública es obedecer indirectamente al mismo Dios. Por lo tanto, el carácter divino de la autoridad reside en ella misma, independientemente de su modo de transmisión y de ejercicio. En una palabra, es divina la autoridad monárquica, como lo son la democrática o la aristocrática.

Con todo, en el sentir de Santo Tomás de Aquino[3], la democracia es en sí una forma de gobierno legítima, pero inferior a las demás. Tal inferioridad solo encuentra paliativo en una aplicación mucho más profunda de los principios católicos.

La democracia coloca en las manos del pueblo el poder público. Así, pues, exige de todos los ciudadanos, además de las virtudes individuales y privadas, gran suma de virtudes políticas. Ahora bien, es incontestable que la más segura garantía de la moralidad se encuentra en la formación religiosa seria de la nación.

Así, ¿cómo concebir una república sin instrucción religiosa sólida y profunda? ¿Cómo concebir una república que no oficialice el culto de sus ciudadanos, para dar más influencia y prestigio a las fuerzas morales de que precisa para vivir sin caer en la demagogia?

Si una república no quiere pender hacia la demagogia –peligro más próximo de lo que suponemos– comprometiendo el futuro de la Patria, deberá adoptar una política ampliamente católica, abandonando de una vez por todas el laicismo tremendo que hasta hoy hemos sufrido.

---

1) Conferencias utilizadas para la composición de los artículos del presente número: 22/6/1973, 23/6/1973, 6/12/1978, 4/10/1983, 16/11/1986, 30/4/1988, 3/9/1988, 7/9/1988, 10/9/1988, 17/9/1988, 14/1/1989, 28/1/1989, 11/2/1989, 16/12/1989, 11/2/1990, 14/9/1991, 25/4/1992, 7/8/1993.

2) Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *"A Igreja e a República"*. In *"A Ordem"* n. 25, marzo de 1932.

3) *Suma Teológica I*, q. 103, a. 3 e *De Regimine Principum* 1, 2, 3, 5.

Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



La Virgen con el Niño
Museo Bode, Berlín

Fra Angelico (CC3.0)

Ánimo y confianza de hijos auténticos

Oh, Madre del Buen Consejo, ayudadme a quitar de mi alma el estado de espíritu naturalista y neopagano, según el cual la vida terrena es regularmente feliz, y las probaciones, los contratiempos y las dificultades son acontecimientos que escapan de la normalidad, desconciertan y abaten.

Hacedme comprender que el mundo, el demonio y la carne están siempre conjurados para constituir asechanzas y lanzar violencias contra los que trabajan por Vos, de suerte que esta vida es un valle de lágrimas y un campo de batalla para vuestros hijos auténticos.

Dadme el espíritu sobrenatural por el cual confíe, en medio de los reveses y las aflicciones más angustiantes; continúe siempre en la lucha, implorando vuestro auxilio; jamás sienta abatimiento y, al contrario, crezca en ánimo y confianza según vuestros designios, para así ser llevado a la victoria final y a la implantación de vuestro Reino. Amén.

(Compuesta el 30/7/1972)

V

Las primeras perplejidades de un batallador



El Dr. Plinio, diputado federal, en 1934

Si la elección del Dr. Plinio como diputado había sido precoz y con un número excepcional de votos, también habría de ser prematuro el gran oleaje de pruebas y contradicciones con las cuales la Providencia habría de templar su alma. Aunque coartado en la acción, el Dr. Plinio fue notable en la dedicación.

Cuando fui a Río de Janeiro para ejercer mi mandato, partí despreocupado.

Yo sabía que tenía la dura tarea delante de mí, de representar a la Liga Electoral Católica de São Paulo en los debates de la Constituyente, donde debería obtener resultados muy importantes para la Religión. Yo había pasado por algún tiempo de estudio, a fin de prepararme para los discursos y para las actitudes que debía tomar.

A pesar de ser muy joven, caminaba hacia los debates con tranquilidad, porque percibía que mi elección, tan precoz en relación con la edad con la que se acostumbra a ser elegido, representaba un camino de la Provi-

Centro de Río de Janeiro en la primera mitad del siglo XX

National Photo Company Collection(CC3.0)
PPPyres(CC3.0)

dencia, y yo habría de salir bien de lo que Ella quería de mí. Yo ponía el pecho por tener esa certeza y confiaba, porque Dios no le traza una vía al hombre sin apoyarlo. Él no abandona a nadie y, por lo tanto, yo tenía certeza de que, aunque pasase unos cuartos de hora amargos, lo serían solo en la superficie, porque, en el fondo, mi corazón confiaba.

En efecto, cuando llegué a Río de Janeiro, las malas noticias comenzaron a acumularse.

Sin bancada católica, sin líder, sin orador…

Cerca al Palacio Tiradentes había un predio que, no sé cómo, se volvió propiedad de la Curia de Rio en aquella época. Dos o tres pisos habían sido destinados por el Cardenal Leme para funcionarios de una organización llamada Coligación Católica, de la cual Alceu de Amoroso Lima era presidente. Él era el máximo líder católico de Brasil, hombre de confianza del Cardenal Leme.

Todos los diputados de la Liga Electoral Católica deberíamos comparecer a ese edificio para la primera sesión en común. Fui allá, me senté entre los otros diputados elegidos por la Liga de los diferentes Estados. Entre todos, ciertamente el más conocido como católico era yo. Por otro lado, entre todos, era el más considerado como buen orador. Por lo tanto, lo natural sería que me designaran como líder de la bancada católica.

Ahora bien, Tristão tomó la presidencia y comunicó las directrices del Cardenal Leme. En primer lugar, no habría una bancada católica, cada cual debería estar dispersado en las bancadas de sus respectivos Estados; no habría un líder entre los diputados católicos en la Constituyente, sino que sería él, por fuera de la Cámara, que daría a conocer a quien quisiese, la palabra de orden del Cardenal Leme a los católicos; para eso se debería comparecer todos los días a la reunión de la Coligación Católica.



Divulgación (CC3.0)

Cardenal Sebastião Leme

Eso daba a entender que ni siquiera se podía tener contacto con el Cardenal Leme, una vez que había un representante suyo allí. En el fondo, era Tristão de Ataíde quien tomaba las riendas del asunto. Fue lo primero que me extrañó.

Orden funesta y desconcertante: mantener el silencio

Tristão prosiguió: "El Cardenal Leme manifiesta el firme deseo de que ustedes no hagan ningún discurso católico, porque, por detrás de los bastidores, ya está todo combinado con el Presidente de la República, Getúlio Vargas, y él asegura que, si no hay discursos y debates, mandará a todos que aprueben los puntos que la Liga Electoral Católica reivindica que sean inscritos en la Constitución. Como ya está todo arreglado, seguro vamos a ganar, no hay razón para hacer discursos, los cuales solo podrán prestarse para discusiones inútiles."

"Si desean hacer discursos para probar que tienen dotes oratorios, es muy simple, hablan sobre otros temas, como política exterior, finanzas o agricultura, pero sobre las reivindicaciones, ¡no digan una sola palabra! La colaboración que el Cardenal Leme les pide es muy simple: ¡quédense callados! Los discursos serán solo para los diputados ambiciosos que quieran hacerse reelegir. Mantengan silencio. El Cardenal espera eso de su dedicación."

Como vieron el poder colosal de la Iglesia, trataron de comprometerse con lo que ella quería, con tanto que no se pidiese más que las reivindicaciones mínimas. Y, de hecho, acabó saliendo todo como ellos concertaron.

Era un choque, porque toda nuestra autonomía desaparecía. No había remedio, el Cardenal Arzobispo Leme era quien mandaba, a nosotros nos competía obedecer. Yo quedé desconcertado…

Por fin, continuó Tristão: "Aquí ustedes podrán hacer uso de la palabra cuanto quieran, pero entre estas cuatro paredes, sin periódico ni nada. El Cardenal Leme después se entiende con la mayoría de la Cámara, que es gubernamental, y pasará lo que sea necesario."

Un guerrero impedido en su acción

Yo estaba obligado a comparecer todos los días a la reunión de la Coligación Católica presidida por Tristão de Ataíde, y perder allí unas dos horas oyendo inutilidades y recibir al fin las directrices que llegaban del Cardenal Leme. Después iba al hotel a cenar. ¡Era un tormento!

Yo pensaba que la Providencia quería que aprovechase mi facilidad de hablar en público en la Asamblea Constituyente. ¡Nosotros habíamos sido elegidos para eso! ¡Nuestra elección significaba eso! Ahora bien, en esas condiciones, no había más discusiones, no había debates en nombre de la Causa Católica. Era hacer el papel de burro delante del pueblo. ¡Era una cosa horrible!-

Yo me había equipado para defender la Causa Católica. Los discursos con los cuales yo soñaba, las invectivas contra los adversarios, los clamores, las batallas… ¡Nada!

Si no se hacían discursos sobre eso, ¿hacer discursos sobre qué? ¿Las fronteras entre São Paulo y Minas? ¿De qué interesa eso? A un diputado católico poco le importa. ¿Respecto a los privilegios de las Policías Militares en comparación con el Ejército? No son temas que hablan a nuestras almas de católicos. Para eso hay especialistas que hacen discursos sobre ese tema.

En casi todos los Estados fueron elegidos diputados católicos, y buenos católicos. Si los obispos me hubiesen consultado, yo propondría: "¡Aprovechen la ocasión! ¡Cojan ese conjunto de diputados y pongamos el pecho! ¡Hagamos cosas que nunca imaginaron! Por ejemplo: una visita colectiva de los miembros de la Constituyente al Cristo Redentor y, en lo alto del Corcovado, ofrecer a Él la Constitución, una vez promulgada. ¡No dejemos escapar una ocasión incomparable como esta!"



José Reynaldo da Fonseca (CC3.0)

Palacio Tiradentes

Entre dos situaciones inconvenientes

Ahora bien, la situación era adversa. Por las directrices dadas por el Cardenal Leme, yo me daba cuenta de que no podía hablar sobre temas que reunían al electorado que me había escogido. Y tomé aquello como un porrazo en la cabeza… Era una prohibición de movernos. Resultado: mi presencia en la Constituyente quedó medio inútil, y el interés de toda nuestra acción bajó mucho.

Y me di cuenta de lo siguiente: cuando se trata de hacer una Constituyente y de organizar un país, entran evidentemente asuntos que le interesan a los católicos, pero también otra serie de asuntos que no interesan. Por ejemplo, ¿cómo organizar el Poder Judicial? ¿Los Estados deben tener un Tribunal de Justicia, con jueces propios, nombrados por el gobernador del Estado, o toda la Justicia debe estar en manos de la Unión Federal? ¿Cómo organizar a las Fuerzas Armadas? ¿Cómo disponer sobre las finanzas? ¿Es mejor que la Constitución favorezca la construcción de autopistas o que la Constitución –de modo indirecto, porque no es materia constitucional– favorezca el aprovechamiento de las vías fluviales como medio de comunicación interna en Brasil?

Yo comprendo que un católico sea favorable a las autopistas y otro esté a favor de las vías fluviales, porque es un punto técnico y económico, nada tiene que ver con la Doctrina Católica. Es legítimo que los católicos tengan opiniones diferentes, porque la Iglesia no se pronuncia sobre tales asuntos.

Yo, toda la vida, tuve una predilección enorme por las vías fluviales. Pero, si yo hiciese, por ejemplo, un discurso a favor de eso, perdería en la próxima elección el voto de los que habían votado por mí y eran a favor de las autopistas. Dirían: "¡Nunca pensé que ese hombre se fuese a meter en eso!"

Por lo tanto, yo disminuiría mi posición hablando, porque dividiría; y disminuía mi posición no hablando, porque dirían que yo no era un diputado eficaz, porque esperaban de mí que hiciese discursos.

El público de São Paulo se dividía en dos a mi respecto: muchos me habían oído hablar en público y les parecía que yo hablaba razonablemen-

te, lo que les facilitó creer que un jovencito de 24 años podía ser un diputado corajudo, con argumentos. Sin embargo, había una buena proporción del público paulista que nunca me había oído hablar –es preciso notar que yo todavía no era profesor universitario, comencé a enseñar solo después del mandato– y les parecía una temeridad del Arzobispo Duarte haber enviado a un joven de esa edad a hacer uso de la palabra en ambientes que, en aquel tiempo, eran tan cultos. Esos estaban atentos para ver si yo haría y cómo haría uso de la palabra.

La situación creaba, en concreto para mí, una dificultad insoluble. Yo tenía que justificar esta cosa incomprensible: ¡yo, elegido para hacer pasar las enmiendas católicas, no podía hacer discursos sobre asuntos católicos! ¿Cómo quedaba el electorado que se unía en torno a mí por una razón religiosa? Yo no podía contar en público que estaba prohibido por el Cardenal Leme de hablar. Eso habría sido tomado, a justo título, como una traición, porque era una confidencia que él nos hacía. Y, por lo tanto, yo no lo podía revelar, porque saldría la difamación por encima del Cardenal Leme y me quemaba con él, y eso no podía suceder.

Resultado: yo caminaba hacia un fracaso electoral forzoso, aquello minaba mi reelección, porque, por la naturaleza de mi electorado, estaba obligado a hacer discursos.

Y percibí que la situación era muy difícil; yo tenía que escoger, de las dos situaciones, la menos inconveniente. Y ahí comenzaron los reveses…

¿Orador tartamudo, tímido o medroso?

Recibo la noticia de que en São Paulo estaba comenzando a correr una calumnia extraña, a la manera de un rumor organizado, dentro de los propios medios católicos y fuera de ellos, de que yo no estaba haciendo discursos porque era muy joven y tímido. Ahora bien, contra mí se pueden hacer muchas acusaciones; ¡la de que soy tímido, no! Mi naturaleza es ser muy desenvuelto, yo digo enseguida lo que tengo que decir. Tal vez mi sangre nordestina me ayude a eso.

Y más: decían que yo no estaba hablando y casi no iba a la tribuna, porque tenía miedo de hablar en público. ¡Hasta hubo quien afirmase que yo era tartamudo! ¡Yo puedo tener muchos otros defectos, pero ese no lo tengo! Quien habla conmigo tres minutos se da cuenta de que no soy tartamudo, y nunca lo fui en mi vida. ¡Y aunque lo hubiese sido, eso no me disminuiría! Demóstenes fue tartamudo y era un gran orador; Moisés era tartamudo. Pero, en fin, yo no lo era.



Jean Housen (CC3.0)

Demóstenes – Palacio de Justicia en Bruselas

Ahí percibí bien la mala fe, porque yo había hecho discursos en São Paulo a más no poder. Yo había hablado en público en casi todas las grandes iglesias, durante el período electoral. Y hablaba abundantemente. Discursos de 45 minutos, una hora, que pesaron mucho para mi elección. Yo había hablado en muchos lugares del interior hasta el límite del estado de Río, era muy conocido como orador.

¿Cómo podría circular que yo era tartamudo y no era apto para hacer uso de la palabra en el parlamento? ¡Era la maldad humana! El demonio miente y tiene organizaciones que difunden su mentira por todos lados. Creía quien quisiese. Pero yo percibía que era un cerco que se hacía para no ser reelegido.

Fue la primera vez que percibía que había un trabajo organizado, una venganza contra mí, porque las personas que decían eso, por lo general, eran aquellas que tenían simpatía por el nazismo o por el fascismo, que tenían entre sí un vínculo político. Y yo atacaba esos partidos en el *Legionário*.

Imposibilitado de romper el cerco cerrado

Me pareció una situación sin salida. Llamé por teléfono al secretario del Cardenal Leme, pedí una audiencia. El Cardenal Leme inmediatamente mandó a invitarme a almorzar con él en aquel día. Él era un hombre muy ocupado, pero bastaba que yo pidiese una audiencia, que él me invitaba.

Durante todo el tiempo en que el Cardenal Leme vivió, fue muy amable conmigo. Lo que necesitaba decirle, yo lo decía; y no hablaría con él a no ser lo estrictamente indispensable. Él era muy gentil, pero estaba entendido que yo solo podría ir allá un número limitado de veces, si-

no me transformaría en un comensal suyo. Había unos ciento cincuenta, doscientos diputados católicos. Si todos fueran a conversar con él siempre, estaba perdido.

Después del almuerzo, él pasaba a un salón donde hablábamos solos lo que yo necesitase tratar. En aquella ocasión llevé otros temas para tratar, para ver si encontraba oportunidad de entrar en el asunto sobre no pronunciarnos en el plenario. Pero sentí que no había forma, estaba decidido por anticipado. Resultado: no pude salir de ese cerco, era un cerco cerrado.

Comencé a sentir algo de decepción, como si la Providencia no fuera a cumplir las perspectivas que Ella misma había abierto delante de mí.

La única cosa que yo podía hacer era tomar la actitud de quien no me daba cuenta de nada. Mi grupo era aún muy pequeño, de gente muy joven, que no tenía relaciones suficientes para hacer una "contramafia", y además, no estaba en nuestro sistema actuar así. Nuestro modo de actuar era publicar en el periódico. ¡Si no hay qué publicar, no diga nada, aguante firme!

Excavando situaciones con destreza

Ahora bien, yo sentí que necesitaba encontrar algún pretexto, aprovechar algunas ocasiones que se me presentasen para hacer discursos sobre temas que no desunieran a mi electorado, o sea, que fuera materia religiosa ajena a las enmiendas de la Liga Electoral Católica. Así rompería la "mafia" en São Paulo.

Con ocasión del centenario del P. José de Anchieta, jesuita, fundador de la ciudad de São Paulo, busqué al presidente de la Cámara y le dije:

— Dr. Antônio Carlos…

Y él, siempre con un ventilador abanicándose, me extendió su fisionomía de marfil y dijo:

— ¿Qué pasa, amigo mío?

— Yo quería tener un lugar en el expediente para hacer un discurso sobre Anchieta.

—¡Ah, claro que sí! ¡Está garantizado!

Me cogió por las dos manos y me felicitó.

Pasados dos o tres días, hablé sobre Anchieta y fui el orador oficial de su centenario en la Constituyente. Gracias a Dios, el discurso fue muy bien acogido, pero fue solo un discursito de unos diez minutos, porque hacía parte de la sesión del orden del día, y debería ser rápido, el diputado debería hablar poco. Era una materia totalmente ajena a las leyes que estaban siendo votadas.

Todos los periódicos de São Paulo lo publicaron bastante y parece que impresionó bien, contribuyendo para bajar un poco las calumnias que, al fin, aún corrían moderadamente.

Así fueron algunas ocasiones en las cuales yo, a decir verdad, escarbé para conseguir hablar. Hice unos tres o cuatro discursos en la Constituyente, que fueron de poco remedio para el caso, para quien esperaba una actuación parlamentaria brillante de mi parte, sobre todo por creer que yo hablaba mucho y hablaba bien…

Intervención retumbante y retroceso forzoso

Yo estaba esperando otra oportunidad para hacer algo sensacional. Efectivamente, esa ocasión se presentó.



Marc Ferrez (CC3.0)

Palacio São Joaquim (residencia oficial del Arzobispo de Río de Janeiro), en la primera mitad del siglo XX



TA — S. PAULO — TERÇA-FEIRA, 20 DE MARÇO DE 1934

Commemorações de Anchieta na Constituinte

O deputado Plinio Corrêa de Oliveira, quando discursava sobre o grande apostolo na sessão de hontem da Constituinte

La Gazeta del 20 de marzo de 1934 noticiando el discurso del Dr. Plinio en la Constituyente, sobre el Venerable José de Anchieta

Había en la bancada paulista un diputado que era una oveja negra del rebaño –cada Estado tenía la suya–, llamado Zoroastro Gouveia, elegido fuera de nuestra bancada, por una lista minoritaria comunista. Era un nefasto, con el cual nadie conversaba ni lo saludaba, y de vez en cuando hacía discursos.

Era un hombre sin fuego; ya caminaba para los cincuenta años. Era lo opuesto de lo que se podría imaginar de un agitador de gran clase; era un burgués minúsculo, encantado de ser diputado.

Cierta vez, él fue a la tribuna y estaba pronunciando un discurso muy aburrido, largo, sin convicción, únicamente para hacer constar a las bases que él lo había hecho. Nadie prestaba atención, y yo pensé: "Unos debates con diputados comunistas bien podrían ser interesantes… No sería materia religiosa."

Tomé un aire bonachón, sentado en mi silla cercana a suya, mirando para otros lados, como quien no prestaba atención, pero oyendo el discurso para ver si yo hacía alguna intervención.

En determinado momento, él hizo una afirmación que podía ser interpretada como un ataque al honor de los diputados católicos: dijo que, en cuanto católicos, no éramos buenos patriotas, no teníamos ideal de patria, porque recibíamos directrices de un gobierno extranjero, el Vaticano, obedeciendo al Papa y no al Presidente de la República.

Yo me levanté, di un golpe en la mesa, intervine retumbante:

—¡Protesto! ¡Y protesto con todo el calor! ¡Eso es una calumnia! ¡Su Excelencia está intimado, pruebe lo que está diciendo!

Y pasé una respetuosa catilinaria en términos tan indignados e inflamados, que él se llevó un susto, quedó pálido. Yo lo desafié, afirmando que no había disociación entre la Religión y la patria, y que yo tomaba aquello como una injuria hecha a mí, su colega, a quien él debería respeto, así como a todos los diputados católicos de la Asamblea y a todo el pueblo brasileño, cuya mayoría era católico. Desmentí con base en la propia historia de Brasil, durante la cual la Iglesia había sido siempre benéfica.

Él quiso interrumpirme, pero mi voz, naturalmente alta, cubría la suya por completo. Yo grité:

—¡Le exijo en nombre de la Patria!

—¡No! Se engaña el ilustre Diputado Plinio Corrêa de Oliveira; yo no quise decir eso. Ud. interpretó mal mis palabras.

—¡No señor, fue eso mismo! Los anales taquigráficos de esta casa deben registrar el hecho.

En ese momento, algunos diputados católicos se levantaron de sus lugares y fueron junto a mí, para solidarizarse. Zoroastro retrocedió, percibió que no tenía qué decir, no respondió nada y se retiró espantado. Yo no quería promover un vejamen contra él y dejé morir la cosa.

Al día siguiente la prensa dio una noticia minúscula, porque estaba siempre silenciando todo lo que yo hacía. Y nunca supe cuál fue el resultado de ese episodio.

Interpelación única en la Cámara de Diputados

Yo salí de la política, Río de Janeiro dejó de ser la capital, la Cámara de Diputados, con todos sus archivos, fue trasladada a Brasilia.

Unos treinta años después, un bello día, fui a llevarle al Dr. Ranieri Mazzilli[1], Presidente de la Cámara de Diputados de Brasil, el libro Reforma Agraria, *Cuestión de Concien-*



Divulgación (CC3.0)

Diputado Zoroastro Gouveia en el tiempo de su mandato

Archivo Nacional (CC3.0)



Brasilia en la década de 1960.
En destaque, Paschoal Ranieri Mazzilli

cia[2], junto con una recolección de firmas de hacendados contrarios a la Reforma Agraria. Él era paulista y, a propósito, nos recibió muy bien, nos invitó a cenar en su casa, lo cual no pudimos aceptar debido a la prisa. Muy amablemente nos pidió el favor de llevar el material a la secretaría.

Fuimos hasta allá y el director, un viejo, en dado momento me miró y dijo:

—¿Ud. ya fue diputado, no?

—Sí, lo fui.

—Me voy a acordar de su nombre. ¿Ud. no es…?

El tiempo había trascurrido, yo había cambiado mucho. Pero él se acordó y dijo:

—¿…Plinio Corrêa de Oliveira?

—¡Sí señor, soy yo!

Él afirmó:

—Ud. no me reconoce, pero en aquel tiempo yo era funcionario en la Cámara de Diputados, en la Constituyente de Rio de Janeiro, cuando Ud. tuvo el coraje de hacer aquella célebre interpelación al diputado comunista Zoroastro Gouveia.

Yo me reí y respondí:

—¿Ah, sí? ¿Ud. todavía se acuerda de eso?

—¡Oh, me acuerdo muy bien! ¡Fue un trueno en la Cámara! Nunca vi en la Cámara de Diputados una interpelación como esa. ¡Hasta hoy, los que asistimos a esa escena nos acordamos de ella!

Integridad y firmeza al margen de la disolución

Por detrás de ciertas dificultades que yo tenía con los diputados, había una central: mi integridad. Río de Janeiro era considerado en aquel tiempo casi exclusivamente un lugar de placer, de recuerdos históricos, de turismo y de gobierno. Era una ciudad hacia donde afluían dos categorías de brasileños en gran cantidad: los paulistas ricos y los adinerados de otros Estados, y los políticos de toda parte, que iban a hacer carrera política.

No existían todavía las industrias ni el comercio actuales. Río era un puerto importante donde se realizaban algunas exportaciones e importaciones, pero interfería poco en los que llegaban de afuera, para los cuales estaban reservados los hoteles Palace, Copacabana y Gloria, incluida toda la vida de placeres, los lugares de diversión nocturnos. Ahora bien, sucedía que, cuando un político era adinerado, llevaba más una vida de placer que de política.

Y yo notaba que mis colegas de la tradicional bancada paulista de la Cámara de Diputados, en su mayoría, se desparramaba por esos ambientes. Y la incógnita era: "Plinio, diputado católico, sin embargo, tan joven, ¿qué hará? ¿No se va a meter en clubes nocturnos, en los lugares de diversión inmorales y a abandonar la vida de congregado mariano? O, por el contrario, ¿romperá el hábito común de todo diputado y se pondrá en una vida 'monacal'?" Yo había escogido la vida "monacal".

Me acuerdo que, en el centro de la ciudad, frente a la Galería Cruzeiro, había un foco de concentración de diputados ricos, muchos de los cuales eran paulistas: el bar. Un lugar de chistes, bromas, promiscuidades, de donde después salían a las diversiones.

Cierta vez necesité buscar a un diputado que se encontraba en un bar, para resolver un asunto urgente de la Causa Católica. Como no era un lugar inmoral –era una antecámara de la inmoralidad–, me dirigí hasta allá. Cuando llegué al *hall* del ho-

tel que daba hacia el bar, había personajes conocidos que me encontraron:

—¡Oh, Plinio! ¿Cómo le va?

Percibí que ellos pensaban que yo entraría allí, y enseguida respondí:

—Estoy buscando a Fulano. ¿Está ahí?

—Está en el bar, ven, te voy a mostrar dónde.

Uno de ellos me condujo, pero no entré. Lo llamé, conversé rápido con él y salí.

Percibí en algunos la cara aborrecida y aburrada: "Ese hombre no adhiere…" Era la diferencia que marcaba mucho.

Amistad cordial entre los componentes de la Constituyente

¡Con el mal es preciso tener una intransigencia absoluta! Con lo que no es mal, es preciso tener varias formas de condescendencias, de gentilezas, de modos de ser.

Al ser muy buenas mis relaciones con la bancada paulista, restaba establecer relaciones con las otras bancadas, para conversar con los católicos sobre el Movimiento Mariano de São Paulo, favorecer la causa con líderes católicos de otros Estados y, de esa manera, crear cierta influencia.

Me metí entonces en medio de ellos, comencé a saludarlos, a ir al café, conversábamos mucho. Me relacioné bastante con ellos en la Constituyente.

Mis queridos coterráneos paulistas eran muy "cerradotes", de trato ceremonioso. Eran los más ricos, los más bien vestidos dentro de la Asamblea; ocupaban las dos primeras hileras a la derecha del presidente, mientras los otros eran más alegres, bonachones. Me agradaban las personas ceremoniosas, por naturaleza lo soy, y aunque los de otros Estados fuesen más o menos ceremoniosos o más o menos desconfiados, hice con ellos una amistad cordial.

Mis amigos cariocas eran finos, educados, pero muy alegres, graciosos, no les gustaba mucho la ceremonia. Al tratar con ellos, yo sentía cierto rechinar, porque no me gusta que se juegue conmigo y usen de intimidades.

Los pernambucanos eran, a su modo, dados a lo ceremonioso, muy inteligentes, y enseguida me buscaban para preguntarme si yo sabía que era pariente del Consejero João Alfredo Corrêa de Oliveira, que firmó la ley de libertad de los esclavos en el tiempo del Imperio. Evidentemente lo sabía, él era mi tío abuelo, tío de mi padre.

Peculiaridades de Brasil en cada bancada

Menos ceremoniosos, aunque distinguidos, eran los bahianos. Tenían un modo de ser diferente, con el cual tuve contacto en un pequeño incidente.

La Asamblea ofrecía una instalación cómoda, cada diputado tenía su escritorio y una poltrona de cuero muy buena y giratoria, de manera que pudiese girar hacia atrás, a fin de conversar con los demás.

Por un movimiento natural y distraído, yo a veces extendía el brazo y apoyaba la mano en la mesa de uno de los diputados de atrás. En cierta ocasión, mientras asistíamos a todo aquel sinsabor, creo que el diputado necesitó levantar la tapa de su mesa, o algo de ese género; él qui-



Divulgación (CC3.0)

Aspecto de una reunión de la Asamblea Constituyente, en 1934

so que yo desocupara su mesa. De repente, siento una mano gordiflona, pesada y caliente colocarse sobre la mía.

Él se había percatado de cómo era yo, y estaba divirtiéndose de antemano con el escándalo que quería hacer, y percibí que sería una verdadera estupidez disgustarme.

Después supe que era un diputado de la bancada bahiana. ¡Por cierto, encantadora! Él decía cosas, bromeaba, era lo contrario de la rigidez paulista. Más que mover su escritorio, quería conversar conmigo: "¡Yo conocí mucho a su tío João Alfredo!" Y comenzó a hablar sobre pequeñas banalidades con una inteligencia, con una gracia, y yo pensé: "¡Esa es la famosa Bahía! ¡En una palabra, es la Bahía del encanto, la Bahía de la gracia!" Y percibí que no podía hacerme el paulista solemne. Me agradó y comencé a conversar: "Oh, entonces, ¿cómo le va?" Fingí que lo conocía y nos hicimos amiguísimos.

Muy diferentes eran los diputados gauchos. Tono solemne, casi todos con voz fuerte muy buena. No sé si ellos se coordinaron –porque eran políticos muy astutos–, o si fue coincidencia, pero siendo Rio Grande do Sul un Estado importante como lo es, en vez de ocupar las primeras filas, figuraban al fondo de la sala. Y cuando alguno de ellos tenía que hacer una intervención, retumbaba desde allá: "Señor Presidente, no puedo estar de acuerdo…" Iban al frente y hacían un discurso.

Los bahianos también hacían discursos, pero amables y floridos. Los riograndenses los hacían llameantes, con desafíos y con las manos levantadas. Era muy interesante y pintoresco.

No podría dejar de mencionar la más silenciosa de todas las bancadas, la de Minas Gerais, hablando bajito, cuchicheando unos con otros, una bancada donde formé muy buenos amigos. Y así, cada Estado de Brasil tenía sus peculiaridades, y acabé por relacionarme con la Constituyente entera, que era mi objetivo.

Figura hierática y sobresaliente

Pero la figura más simbólica y más representativa era la de un exgobernador de Minas Gerais: el diputado Antônio Carlos Ribeiro de Andrada[3], descendiente de uno de los tres Andradas[4].

Era un hombre, en aquel tiempo, de unos 64 años de edad. Fino, de muy buena familia, sutil. Era alto y delgado, tenía la piel blanquísima, dando la impresión de ser esculpido en marfil, una figura hierática. Cabello de un blanco plateado, cabeza más bien pequeña, labios finos, que casi no movía para hablar, y la risa maliciosa. Las orejas parecían hojas de papel, finísimas, ligeramente de abanico, a pesar de ser un hombre muy inteligente, vivo, un político de primera. Dicen que eso no caracteriza la inteligencia, pero era una contradicción de la naturaleza.

Los ojos eran oscuros, bien grandes, abiertos de par en par, bonitos. Tenían un brillo de quien analizaba, con un simple golpe de vista, los últimos pormenores de aquello que estaba mirando. ¡Las cejas finas, blancas, también! Por así decir, conversaba con los ojos: saludaba, sonreía, hacía mala cara. Hacía de aquellos ojos toda especie de uso, pero muy pintoresco y con mucha educación. Un poquito irónico, se dirigía a todos con una superioridad, una elegancia, una nobleza de gestos, que me hicieron ver enseguida en él a una de las pocas figuras verdaderamente interesantes de la Constituyente.



Divulgación (CC3.0)

Deputado Antônio Carlos Ribeiro de Andrada ao lado de Getúlio Vargas

Él tenía buenas relaciones conmigo y yo notaba que prestaba mucha atención en mí. Cierto domingo, fui a Misa en una iglesia cercana, cuando lo veo en una especie de tribuna. En dado momento, percibía que él me observaba rezar y pensaba consigo: "¿En qué dará este 'polluelo' que está ahí…?"

Su familia tenía parientes en São Paulo muy relacionados con la mía. Eso formaba cierto lazo de simpatía. A propósito, jugué un papel importante para librarlo de un problema.

Presteza y agilidad en los problemas de la Constituyente

Un día, muy tarde en la noche, recibo una llamada:

—Aquí habla Antônio de Alcântara Machado[5].

Era un escritor paulista muy conocido, muy joven todavía, hijo del líder Dr. Alcântara Machado.

—Mi padre le pide que venga aquí a casa cuanto antes. Hay una crisis gravísima que amenaza con cerrar la Constituyente.

Me vestí deprisa, cogí el automóvil. Llegué allá y me deparé con el Dr. Alcântara sentado, con la fisionomía abatida. Me contó que había habido una discusión de él y del Dr. Antônio Carlos Andrada con el diputado por Pernambuco, llamado João Alberto Lins de Barros[6], en una de las salas de comisión de la Constituyente. Este último, en cuanto teniente del Ejército, había declarado que clausuraría la Constituyente, con sus oficiales nordestinos. El Dr. Alcântara me dijo:

—Es una situación muy peligrosa. Yo quería que Ud. visitase al mayor número posible de diputados no paulistas, para conseguir colocarlos del lado de nuestra bancada y así compensar la situación.

Me dispuse a hacer el servicio con muy buena voluntad. Desde la propia casa del Dr. Alcântara, llamé por teléfono a algunos colegas, avisando que los visitaría esa noche. Ejecuté toda la parte de la tarea que me había sido dada.

En la reunión del día siguiente, vi al Dr. Antônio Carlos en un verdadero apuro. Era uno de esos días calientes en Rio de Janeiro, él era muy caluroso y usaba un abanico para refrescarse. No conocí hombres que



Divulgación (CC3.0)

Teniente João Alberto Lins de Barros

hicieran uso de ese objeto destinado a las señoras. Pero él era tan varón y señor de sí que en él no era ridículo. Se abanicaba frecuente y frenéticamente, sobre todo cuando estaba nervioso.

Estaba más pálido y más de marfil que de costumbre, y recorría con sus ojos grandes la asamblea, con la preocupación de que, a cualquier momento hubiera un problema. Y el Dr. João Alberto Lins de Barros ahí presente.

Ahora bien, el ambiente estaba tranquilo, lo cual mostraba que se había conseguido aplacar la situación. No había ninguna señal de intervención militar. Yo había hecho parte del trabajo de bastidores para calmar a João Alberto y hacerlo comprender que, si él interviniera, no tendría el apoyo de la Cámara.

Finalmente, la sesión terminó sin ningún incidente. El Dr. Antônio Carlos se levantó trémulo, bajó casi apoyado y desapareció por la Cámara.

Le pregunté al Dr. Alcântara Machado las novedades y me respondió con mucha amabilidad:

—Muchas gracias por lo que Ud. hizo. Fue posible, con su intervención y la de otros, calmar los ánimos. ¡Le quedo muy agradecido!

Tiempo después, el Dr. Alcântara escribió un libro sobre los trabajos de la Constituyente, y puso como dedicatoria: "A Plinio Corrêa de Oliveira, cuyo trabajo en la Constituyente, reservado en apariencia, fue notable en realidad. Alcântara Machado."

Él decía: "Reservado en apariencia", porque, de hecho, el Cardenal Leme había impedido nuestra acción, prohibiendo a los diputados católicos hacer discursos. ❖

---

1) Paschoal Ranieri Mazzilli (*1910 - †1975). Abogado, periodista y político brasileño; por dos cortos períodos asumió la Presidencia de Brasil. Entre 1959 y 1965 asumió la presidencia de la Cámara de Diputados.

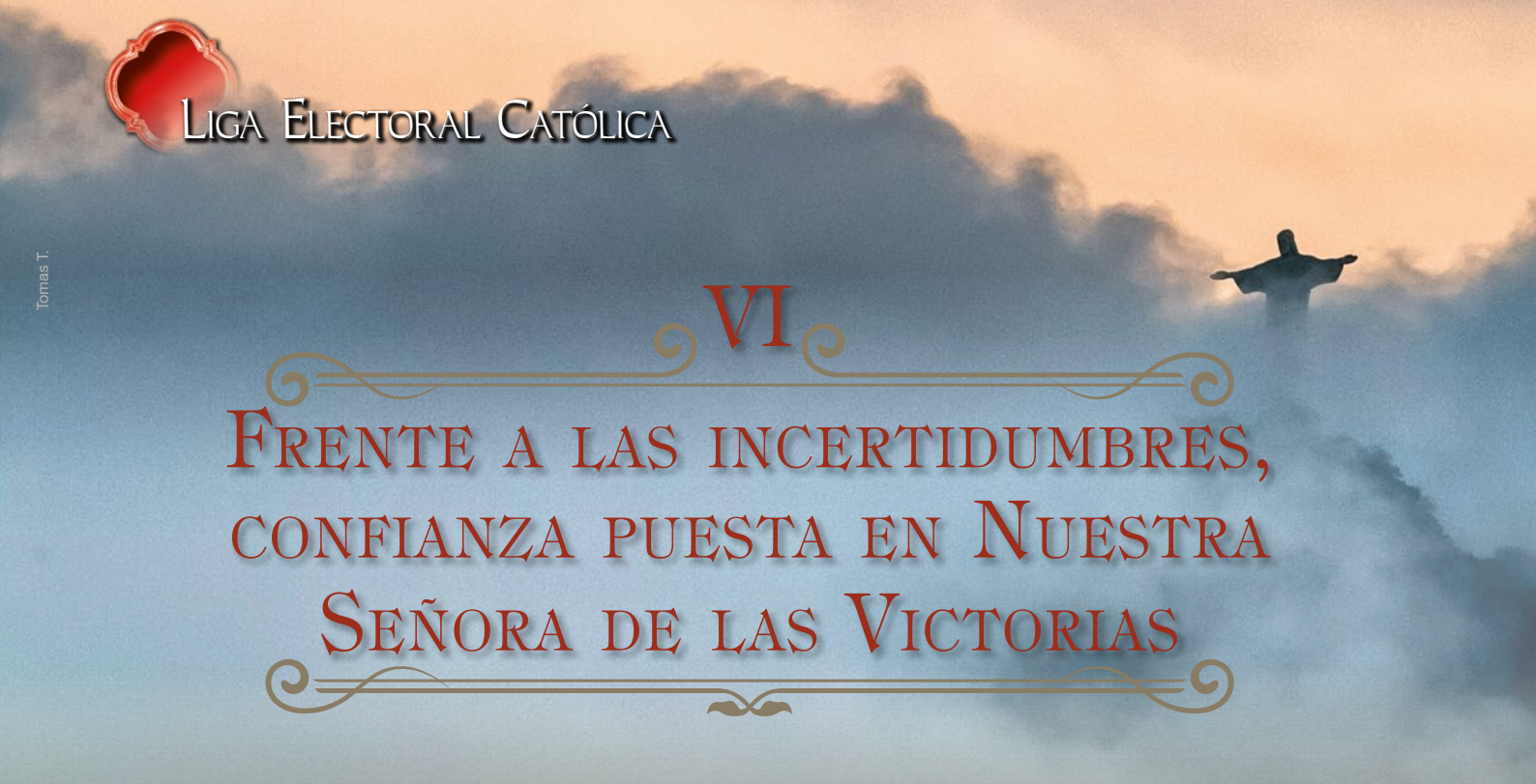
2) Libro con aspectos doctrinarios, morales y técnicos sobre el problema de la reforma agraria en Brasil, del cual el Dr. Plinio fue coautor.

3) Antônio Carlos Ribeiro de Andrada (*1870 - †1946).

4) José Bonifácio de Andrada y Silva, Antônio Carlos Ribeiro de Andrada e Silva, y Martim Francisco Ribeiro de Andrada, tres hermanos que tuvieron un importante papel en el período de la Independencia de Brasil.

5) Antônio Castilho de Alcântara Machado d'Oliveira (*1901 - †1935).

6) Militar y político ((*1897 - †1955).



Tomas T.

VI

Frente a las incertidumbres, confianza puesta en Nuestra Señora de las Victorias

Durante la Asamblea Constituyente, el Dr. Plinio sintió la carga pesada de la vida: por un lado, malestar físico; por otro, gran preocupación por el compromiso de su apostolado y su desempeño como líder católico. El bloqueo y la conspiración no perdonaron al joven diputado.

En poco tiempo, fui amenazado de agresión física si seguía luchando por la Religión Católica Apostólica Romana, por la Civilización Cristiana, por el Reino de María; no me importó, y la agresión no vino.

Recibí amenazas de injuria, de difamación, de calumnia, de ser apartado y derribado al suelo del panorama donde estaba encumbrado, donde la nación entera me contemplaba. Y poco a poco fui notando que el vacío a mi alrededor aumentaba cada vez más.

Incógnita al respecto de la LEC

Mientras se votaban las enmiendas a la Constitución, la Asamblea Constituyente llegaba a su fin. Se había aprobado un artículo según el cual, seis meses después de haber sido votada la Constitución, esta sería disuelta. Entonces comenzaron a mi alrededor una serie de trabajos y maniobras, y el problema se fue agudizando cada vez más desde dos puntos de vista.

Primero, desde el punto de vista de la causa católica. Noté un silencio sobre lo que sería de la Liga Electoral Católica. ¿Serían elegidos otros diputados católicos o la Liga se cerraría, volviendo todo a lo que era antes?

Segundo: ¿cuál sería mi futuro? Si hubiera elecciones para diputados católicos, ¿mi nombre estaría incluido en esa lista? ¿Cuáles serían las posibilidades para candidatizarme como diputado?

Si no me incluyeran, sería una gran pérdida de prestigio para mí, lo que significaría miseria y, con esta, la pérdida de prestigio entre los congregados marianos. Así quedaba comprometido todo el impulso que yo venía dando al Movimiento Católico para hacerlo contrarrevolucionario y para realizar los ideales que tenía a favor de la Iglesia. Fue mi apostolado y la posibilidad de mi supervivencia los que se veían comprometidos.

Nadie me decía ni una palabra. Iba a almorzar con el Cardenal Leme, silencio. Conversaba con Mons. Gastão Pinto, silencio. Visitaba a D. Duarte, silencio. Con Tristão de Ataide, también silencio absoluto. No quedaría bien que preguntara algo sobre el asunto, porque daría la impresión de un tipo oportunista, loco detrás de cargos. No sabía cómo moverme.

Situación económica precaria

El problema económico se volvió especialmente grave para mí por

una razón: mi abuela materna tenía un buen patrimonio del que mi madre heredaría una parte, lo que la dejaría muy protegida frente a cualquier preocupación material. Sin embargo, familiares míos hicieron malos negocios con este patrimonio, y mi abuela perdió su fortuna; ella falleció durante mi mandato. Así que todo dependía de que yo consiguiera un trabajo y que me reeligieran como diputado. Si no tuviera las dos cosas, quedaríamos reducidos a la miseria. Ahora, el vacío que se creó a mi alrededor me demostró que no conseguiría ningún cargo.

Durante mi periodo como diputado, obtuve del gobernador Armando de Salles Oliveira dos cátedras como profesor de Historia de la Civilización, en un curso preparatorio en el Colegio Universitario de la Facultad de Derecho de São Paulo. Era un puesto muy bueno, honorable y micro rentable en ese momento, que debería concederme porque era diputado católico, conocido por tener cultura.

Con esto conseguí un poco de dinero para no morir de hambre. Bueno, solo tenía en mis manos un decreto que me nombraba; no sabía si, de hecho, me entregarían el puesto. Si ocurría cualquier imprevisto, estaba en la miseria. Y, por tanto, para mí fue: o quedarme como diputado o caer en el riesgo de miseria inminente.

Siempre tuve una lucha terrible para sobreaguar.

Al mismo tiempo que esto ocurría, empecé a notar en la Asamblea Constituyente maniobras para reducir nuestro mandato como diputado de cuatro años, como era normal, a solo uno. Por tanto, ese espacio cómodo en el que tendría garantizado un buen salario, para buscar un buen trabajo o ascender a un puesto político más alto, ¡esto de repente se cortaba! Empecé a tener preocupaciones, porque no veía salida a esta situación. Por otro lado, notaba que era una coincidencia permitida y querida por la Providencia.

Batalla meticulosa y ardua para mantener el desapego

Dios me exigió un desapego muy duro. No era la situación de un hombre con el piso firme bajo sus pies y que renuncia a algo mejor. Era aceptar, si era necesario, la vergüenza de dejar de ser diputado y caminar hacia un fracaso, a una catástrofe, llegar al grado cero. Entendía bien la dificultad de mi situación.

Porque para ser abogado, yo ejercería según la doctrina católica y tendría muy pocos clientes. Ahora, si no fuera abogado, ¿qué sería? Una situación muy difícil.

Bueno, seguía manteniendo una batalla interior que no era tanto contra un rugido de vanidad, sino una lucha meticulosa, en cada momento, contra una pluralidad de formas de vanidad que intentaban atraparme a cada instante. Por poco que cediera, el apego entraría en mi alma y solo tendría la fuerza necesaria para enfrentar la hipótesis de la miseria.





Divulgación (CC3.0)

Arriba, el gobernador Armando de Salles Oliveira. A la izquierda, edificio de la Facultad de Derecho de São Paulo

Ahora, me daba cuenta de que, en cualquier momento, podría haber una crisis política, una revolución, por la que, de repente, mi mandato terminaría. Podría recibir un ultimátum: "O usted se vende a su adversario, o en las próximas elecciones no será reelegido."

La pregunta aguda era esta: "¿Usted tendrá o no el valor de aceptarlo todo y no convertirte en un hombre que abandona la causa católica para ser un mero político?" Era la alternativa.

Yo debería tomar una resolución firme. De hecho, la mayor parte de mi preparación para diputado fue esta lucha para conservar mi desapego interior, que empezó a ponerse a prueba en cuanto llegué a Río de Janeiro.

Terrible e inexplicable neuralgia

Un detalle prosaico y concreto llegó a amargarme aún más en este periodo de amarguras y preocupaciones, de asedios de todo tipo.

Como era una persona muy sana, dormía normalmente; era solo irme a la cama que dormía, y copiosamente, toda la noche y hasta entrada la mañana, todo lo que quisiera. Esto me ayudaba a descansar y a cargar con el peso de la vida.

Pues bien, comenzaron a atacarme una serie de horribles neuralgias, durante la noche, en el lado derecho de la cara; empezó por los dientes y se volvió aguda cuando se fijaba como un clavo metido en el hueso de la articulación. Me despertaba, me sentaba en la cama, ponía dos almohadas para soportar el peso de mi cabeza y quedaba horas hundido sobre ellas o paseando de un lado a otro, sin lograr dormir.

Fui al dentista, no era nada. Fui al médico, sospechas: "Cáncer en el cerebro." Esta perspectiva no era ninguna broma. Me recomendaron que sacara radiografías del cráneo. Gracias a Dios, todo estaba perfecto, no tenía nada. Nadie sabía qué era, pero yo sabía que dolía terriblemente.

No había calmantes tan buenos como hoy; tomé una homeopatía, con forma de una bola roja, llamada *Paullinia sorbilis*, que no tuvo ningún efecto en mí.

El tiempo pasaba, hasta que el exuberante sol de Río de Janeiro comenzaba a colarse por las rendijas de la persiana; la calle se movía, el día amanecía para todos y yo estaba allí, con ese dolor y, al mismo tiempo, con esa preocupación. Los problemas eran un clavo en el espíritu; ese dolor, un clavo en la carne.

Al final dormía un poco, tenía unas dos horas para dormir y salir corriendo para la reunión con los diputados, en la que se preparaba la reunión de la tarde. Yo no dormía casi nada.

Todo caía encima de mí. Una indisposición física violenta, sobre las graves incomodidades morales como eran aquellas en que me encontraba y que me hacían la vida difícil; ¡algo tremendo!



Flávio Lourenço

Job ridiculizado por su familia - Museo Federic Marés, Barcelona

Disolución de la Liga Electoral Católica

Bien, el asedio se definió aún más.

Un día estaba en mi hotel en Río de Janeiro, era domingo y no recuerdo por qué no había ido a São Paulo. Sonó el teléfono interno y me dijeron que el señor Wagner Dutra, secretario de Alcéu, estaba allí y quería hablar conmigo.

Bajé, entramos en una de las salas del hotel y comenzamos a conversar. Pensé que iba a transmitir algún mensaje de Tristão, pero la conversación se fue alargando, en un régimen de cierta libertad, entre varios temas.

Me di cuenta de que quería que habláramos sobre algo, pero yo no tenía nada que tratar con él; no tenía confianza en él. En un momento

dado, me miró bien de frente, a los ojos, y me dijo:

—Plinio –era un hombre más o menos de mi edad– ¿cuál será su futuro?

—El futuro de cualquier hijo de Dios. Es lo que pretendo vivir.

—¿Usted no tiene planes? ¿Qué piensa hacer con su vida después de dejar de ser diputado?

Ahora, esta es una conversación que se hace entre amigos. Pero entre personas que se conocen por alto, preguntar cuáles son los planes económicos de futuro, ya de una vez, era una pregunta muy extraña, que no se hacía. Respondí de forma evasiva, dando la impresión de ser un hombre despreocupado desde el punto de vista económico. Lo cual no era cierto, estaba muy preocupado. Me dijo:

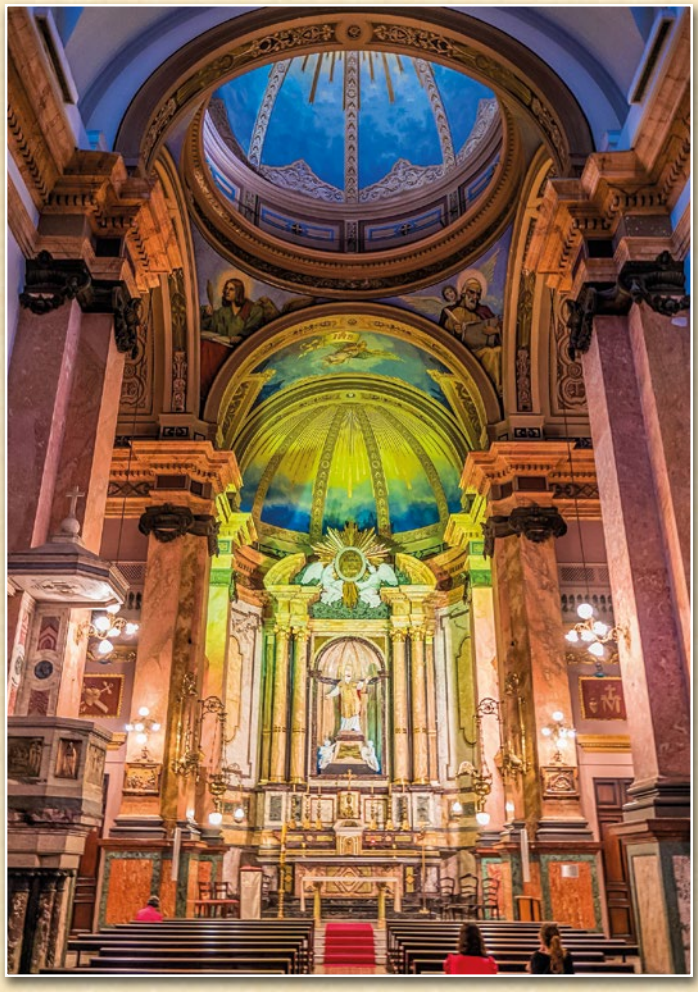
—¿Usted sabe que la LEC no será reconstituida?

Fue el primer ruido que llegó a mis oídos. Dije:

—¿Ah, sí?

—Para las próximas elecciones, la Liga Electoral Católica ha terminado. El Episcopado está satisfecho con el servicio que ha prestado; pero eso ya es cosa del pasado. Ahora el régimen es de los partidos políticos, la Iglesia no tiene nada más que querer de la política. Quien quiera ser diputado debe incorporarse a un partido político, no hay otra salida.

Cuando salió esta respuesta, vi que había llegado al punto que lo llevó hasta allá. ¿Por iniciativa propia? ¿Por orden de un tercero? Nunca lo supe.



Divulgación (CC3.0)

Iglesia de San Ignacio

Fingí la mayor indiferencia. Él se levantó, al rato, se despidió:

—Bueno, voy a dejarlo en paz. ¡Hasta pronto!

Fui amable, le acompañé hasta la puerta del hotel, nos despedimos y nunca volvimos a hablar del tema.

Así empezaba a crecer a mi alrededor el rumor de que no habría candidatos de la LEC en las próximas elecciones, porque ya no actuaría más. Pronto me di cuenta de que era la decapitación, porque una de dos: o dejaba de ser líder católico para ser un líder político —lo cual, en las circunstancias específicas de la época, equivaldría a perder la confianza de los verdaderos católicos— o tenía que salir de la política.

Y así se le dieron las circunstancias, un poco a la Job. Pérdidas económicas, pérdida de cargos, quedé amenazado al borde de quedarme sin nada para vivir. Seguí adelante sin arrepentirme en ningún momento, ni considerar la vida triste, vacía. ¿Por qué? Porque tenía ante mis ojos mi futuro: ¡el Reino de María y luego el Cielo!

Nuestra Señora de las Victorias

A menudo iba a rezar por la noche en la iglesia de San Ignacio, que estaba abierta por una entrada que daba al Colegio. En un altar lateral, si no me equivoco en el lado derecho, había, una hermosa imagen de Nuestra Señora de las Victorias. Recibí muchas gracias allí, al acudir a esa imagen; rezaba mucho delante de ella.

Estaba en un periodo muy atormentado, viéndome como liquidado. Cosas que olían a recado y conspiración a mi alrededor. Después de una avenida abierta, estaba viendo un embudo y me atormentaba mucho por eso. Sin embargo, mis esperanzas se encendían, quedaba animado cuando rezaba a Nuestra Señora de las Victorias.

En esta encrucijada, ¿qué pedir y cómo confiar?

Toda mi situación empezó a deteriorarse y no dependía de mi voluntad. Eran cosas que otros hacían a mis espaldas, sin que yo lo supiera, y que causaban daños, conspiraciones contra mí. Estaba seguro de que Nuestra Señora quería que mis obras tuvieran éxito. Sin embargo,

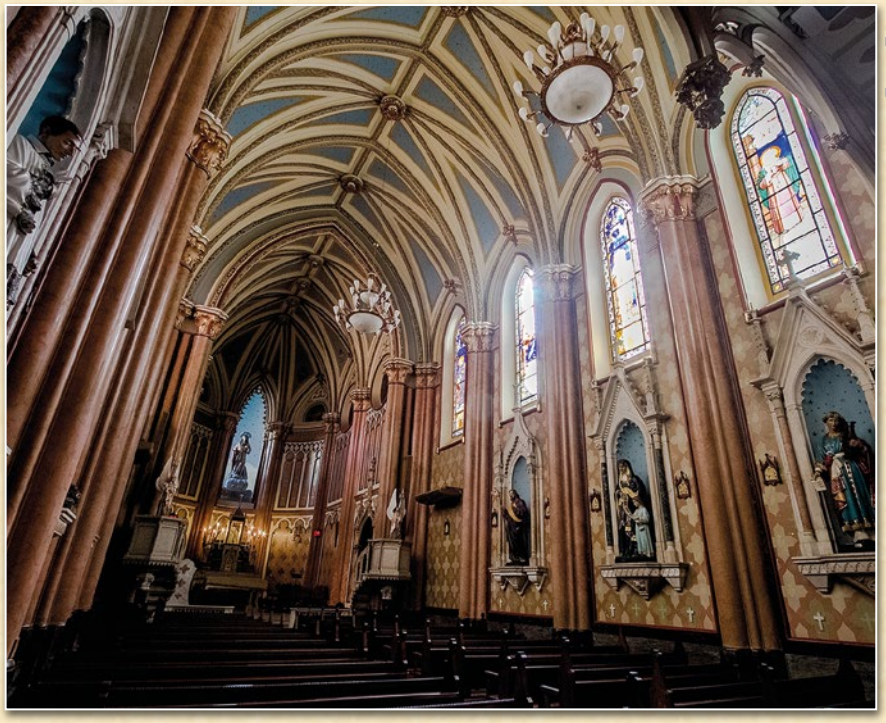
por mucho que aplicara fuerza de voluntad, no había forma de vencer, ¡porque todo se me escapaba de las manos!

Fueron días de gran angustia. Y estaba muy turbado y preocupado, porque no era solo este o aquel caso, sino toda una actitud ante la vida que estaba en duda: "¿Cómo es? ¡¿Qué más hace falta para tener éxito en esta cosa tan complicada llamada vida?!"

A veces pensaba: "Debo confiar en Nuestra Señora." Pero me venía una duda: ya le había pedido gracias espirituales, siendo atendido con una bondad sin nombre. Gracias materiales que nunca había pedido, porque hasta entonces no las necesitaba: tenía una salud de hierro, una situación económica despreocupada. Es verdad que pedí aprobar mis exámenes y, gracias a Ella, yo aprobaba. Pero me preparaba muy bien, estudiaba e iba armado hasta los dientes, así que era natural que fuera aprobado. Tuve una vida estudiantil muy normal.

Pero cuando me encontré necesitado de cosas prácticas y concretas, no concernidas con la vida espiritual, me vino esta duda: "¿Debería pedir cosas materiales que necesito...? Sé que Ella quiere concederme la santificación. Es mi madre, sabe que lo quiero, Ella quiere que lo desee; le pido, luego, Ella dará. Es comprensible, voy a confiar en Ella."

Ahora, me preguntaba: "¿Quién sabe si Nuestra Señora no quiere someterme a la pobreza, como hizo con tantos santos? ¿O quiere que sufra neuralgias hasta el fin de mi vida? ¿Quién sabe si quiere que lleve la vida de un mendigo? Está en tu derecho permitirlo. ¿Yo estoy en el derecho de pedir? Si pido sometiéndome a lo que sea según lo que Ella quiere y no según mi voluntad, será una oración perfecta, debo hacerla. Pero como no sé lo que Ella quiere, no sé si recibiré lo que pido."



Tomas T.

Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús

Yo estaba en una encrucijada de mis caminos.

En una compra fortuita, un libro providencial

Había, cerca del Hotel Glória donde me alojaba en ese tiempo en Río de Janeiro, una iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, en la que recibía la comunión todos los días por la mañana. El vicario que cuidaba de la iglesia era muy amable, un buen sacerdote, del clero aún preconciliar, correcto, amable, distinguido, puro.

Debido al tormento de las neuralgias nocturnas, tenía dificultad de levantarme tan temprano como sería necesario para llegar a la hora de las misas. Enseguida podía, cogía un taxi, bajaba corriendo a la iglesia y conseguía a ese sacerdote, que, me parece, se quedaba esperándome. Ya se habían celebrado misas y el movimiento de la iglesia había disminuido; era un barrio de ancianos que comulgaban bien temprano y regresaban a casa.

Cuando el sacerdote me vio llegar, vino inmediatamente y me dio la Comunión. Le estaba muy agradecido, siempre nos saludábamos de forma muy amable y no tomaba a mal que no me detuviera a hablar con él, porque sabía que tenía una reunión de diputados de la bancada paulista justo después.

Un día, llegué a la iglesia y este sacerdote me esperaba en la entrada; se me acercó y me dijo amablemente: "Dr. Plinio, estamos organizando una feria benéfica de libros piadosos aquí en la sacristía. Si usted quiere examinar la exposición, es una buena ocasión para comprar un buen libro católico que le agrade."

Era un consejo de un buen sacerdote para un fiel, una "buena ocasión para comprar un buen libro católico." Pero también era una petición, que equivalía a decir: "Hemos sido tan amigos suyos, sea un poco amigo nuestro; ¿No quiere ayudar a nuestra parroquia comprando algunos libros?"

Suponía que yo era un hombre rico, y era natural que ayudara bien.

Pero ya estaban los bolsillos vacíos... Estos libros se vendían para beneficio de la parroquia, y entendí que yo, comulgando siempre allá, debiendo tantos favores, no podía negarme ni quería hacerlo, porque realmente quería colaborar de esa forma; era una forma de retribuir a la amabilidad.

Comulgué. Cuando terminó la acción de gracias, corrí a la sacristía; todavía la recuerdo, con varios libros expuestos. No encontré ninguno que me interesara, pero estaba dispuesto a coger dos o tres libros al azar. Me topé con uno llamado *El Libro de la Confianza*. Miré un poco, dudé mucho y pensé: "¡La confianza! ¿Qué es? No sé muy bien. ¿Cómo voy a tomar cosas de piedad como ésta, un poco indefinidas, que no son como las que me gustan, razonadas, lógicas y sólidas, sino algo sentimental? La portada me dio esa impresión... Necesito satisfacer al buen sacerdote, lo compraré."

Quería elegir al menos dos libros. Compré este Libro de la Confianza y, por casualidad, era más barato que los demás, y otro que ya no recuerdo. Pagué deprisa, me subí al coche y corrí hacia el edificio de la bancada paulista, con los libros en la mano. Asistí a la reunión y, por la tarde, al llegar al hotel para descansar, los dejé sobre un mueble en mi habitación y continué la vida.

El bálsamo de la confianza

Un día, llegué al hotel en medio de la amargura de las múltiples probaciones que enfrentaba en ese momento, atormentado por preocupaciones y malestar físico, amargado, desorientado y lleno de dudas, sin saber el camino que Nuestra Señora quería de mí. Decidí abrir *El Libro de la Confianza*, empecé a leerlo.

En letras grandes, muy fáciles de leer, leí las primeras palabras: "Voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia que resonáis en el silencio de los corazones, murmuráis en lo profundo de nuestras conciencias palabras de dulzura y paz."

Ya en esas primeras magníficas palabras, que recuerdo como si las hubiera leído esta mañana, sentí una tranquilidad en el interior de mi alma, algo que descendía sobre mí como un bálsamo, que me sosegaba. No es apropiado decir que anestesiaba, pero hizo que cesaran los dolores, aportando un enorme beneficio al alma.


Rafael S.

Era una gracia que me daba la curiosa impresión, como si una atmósfera muy dulce, llena de afecto, me penetrara y me dijera: "'Voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia...' Repito, hijo mío: ... murmuráis en mi alma palabras de dulzura y paz." Y todo eso me dio mucha esperanza de que esos fantasmas de perspectivas y preocupaciones futuras desaparecerían. Nuestro Señor y Nuestra Señora me ayudarían, resolverían bien los problemas que me resultaban tan amargos. Fue un consuelo extraordinario para mí, que me alivió de un modo maravilloso y dulcísimo.

Y entendí perfectamente que ese libro me haría mucho bien. Ahora bien, este hecho concreto me causó una impresión singular: nunca, pero absolutamente nunca, nadie me había hablado de la confianza como virtud que el católico debe practicar. ¡Nunca! No tenía ni idea de eso, aunque entendiera que confiar en Dios era algo bueno.

Recuerdo que el coro de la parroquia de Santa Cecilia, de la que yo era congregado mariano, cantaba en latín una canción cuyo comienzo era: "*Beatus homo qui confidunt in Domino* –Bienaventurado el hombre que confía en el Señor"–. Lo seguía con gusto, porque significaba algo en mi alma, pero nunca había profundizado. Al leer el libro, entendí toda la doctrina sobre la confianza.

¡He leído este libro no sé cuántas veces! En esa época, cuando viajaba mucho entre Río y São Paulo, siempre lo llevaba en mi maleta, así que, estando en un lugar u otro, siempre lo tenía al alcance y lo aprovechaba mucho. ❖

VII

Heroica lucha interior en medio a las glorias del prestigio

Para quien confía en Nuestra Señora, no hay enemigo que no pueda ser vencido. Con su ayuda, el Dr. Plinio habría de atravesar incólume la decisiva batalla contra el amor propio. Tras la conclusión de la Asamblea Constituyente, se abría una nueva etapa en la vida del Dr. Plinio.

Finalmente, se promulgó la nueva Constitución. Todos deberíamos asistir a la clausura de la Asamblea Constituyente para firmar la Carta Magna.

Honores militares, entusiasmo y lucha

Salí de mi hotel con frac y sombrero de copa, según las exigencias del Grupo Parlamentario Paulista; tomé un taxi y me dirigí hacia el Palacio Tiradentes. Cuando el coche giró de la Avenida Rio Branco a la Calle de la Asamblea, vi con deleite



Guilherme Santos (CC3.0)

Tropas frente al Palacio de Tiradentes durante la Asamblea Constituyente de 1934

tropas de soldados armados, impecablemente dispuestos en filas, para rendir homenaje al Presidente de la República, a los ministros y a los diputados. Ocupaban un largo tramo de cuatro manzanas.

Me reconocieron —no sé cómo, porque los diputados no llevaban insignias; la única que yo tenía era la de miembro de la congregación mariana— y el comandante gritó a las tropas: «¡Presenten armas!». Todos los soldados presentaron sus fusiles en mi honor. ¡Era la primera vez en mi vida que recibía honores militares!

Mi *Chauffeur* quedó embriagado por la escena. Yo, por temperamento y modo de ser, siempre he sido muy militarista, ultrasensible a la pompa militar —solo superada por la eclesiástica— porque es uno de los honores que más hace sentir a un hombre su grandeza; es la máxima expresión de gloria. ¡Aquello me pareció verdaderamente hermoso!

Pero ese fue el primer impacto. Confieso haber sido la mayor tentación de orgullo y vanidad que jamás haya sentido en mi vida. Era como si el elixir del prestigio se me presentara una vez más, a manera de tentación, para embriagarme con aquello: «No hay profesión que reciba tantos honores militares como la de político; ¡esa es la ventaja de ser diputado! consagraré mi vida a la política».

Era una tentación de amor propio muy violenta, a la que tuve que resistir con firmeza. Junto a esto, me asaltó la siguiente idea, susurrada por el diablo: «Esto que es tan placentero, podría tener toda la vida a mi disposición si fuera diputado federal varias veces seguidas, y así disfrutar de la satisfacción de semejante carrera. Me aferraré a este cargo a toda costa, sin abandonar el servicio a la Iglesia, y tendré este placer de la vida, que, al fin y al cabo, es legítimo. ¡Seguiré siendo diputado!».

Mi coche pasaba lentamente junto a aquella tropa en posición de firmes, y yo, por cortesía, me sentía obligado a dar una respuesta, levantando ligeramente mi sombrero durante el camino, hasta llegar al Palacio de Tiradentes.



Divulgação (CC3.0)

Cartel con los miembros de la Asamblea Constituyente. El Dr. Plinio aparece resaltado.

Cuando ese aroma de importancia me invadió, recordé a Dom Chautard. Fue mi Ángel de la Guarda quien me lo recordó:

«¡No! ¡Debo hacer lo contrario! Si en algún momento es necesario sacrificar mi vida política, la sacrificaré para vivir por la Iglesia Católica».

Y una lucha interna se desató en mi interior: «Si eliges esta carrera, perderás tu alma y te convertirás en un apóstol ridículo y necio. ¡Un hombre que pretende ser apóstol y se deja dominar por la vanidad es un apóstol inútil!».

Para evitar caer en la trampa, desvié la mirada de aquella tropa armada, imploré la ayuda de la Virgen María y tomé la decisión de renunciar a todo, siempre que no fuera necesario para la Causa Católica. Y yo pensaba: «¡Desapegarme, desapegarme, desapegarme de todo!».

Era necesario tener equilibrio interior. Consideraría una falta moral aún más grave la insensibilidad a las honras militares, bellas en sí. Por lo tanto, era necesario apreciar la escena y decir: «Este elixir es magnífico, pero no para mis labios, ¡porque he renunciado a él! Recorreré la fila de principio a fin admirando su belleza, pero ignorando que es para mí, y cuando baje al Palacio de Tiradentes, ya no pensaré en él».

Gracias a la Virgen, me dominé y no di mi consentimiento. ¡Cuando mi coche llegó a la Asamblea Constituyente, la batalla había sido ganada!

Nunca ceder a la vanidad

De hecho, solo he recordado el episodio una o dos veces, por la necesidad de contarlo para que comprendan la meticulosidad que se debe tener en la lucha y jamás ceder ante un atisbo de vanidad.

¡Jamás! Por pequeño que sea: «¡No, no y no!».

En las ocasiones más embriagadoras de orgullo, se trata de mantener la neutralidad, de modo que uno pueda, por ejemplo, salir de una conferencia con cinco mil personas e irse a dormir plácidamente, sin el

Divulgação (CC3.0)



Miembros del Parlamento firmando la Carta Magna

menor frenesí. Elogien todo lo que quieran, aplaudan lo que entendieren; no se debe pensar en eso, ¡igual que uno no piensa en un tema que atenta contra la castidad!

Ahora bien, si yo no hubiera leído con atención el libro de Dom Chautard, *El Alma de todo Apostolado*, habría estado en grave peligro y probablemente no habría resistido esas tentaciones, porque no habría comprendido la doctrina del verdadero apóstol. Habría estado dispuesto a ceder ante cualquier capricho y no sé qué resistencia habría ofrecido a las invitaciones de pertenecer a partidos políticos. ¡Cómo me habría degradado! Ésta es la importancia de una buena lectura espiritual.

Nuestra Señora quiso servirse de este libro para protegerme de las trampas que el demonio preparaba en mi camino, con una serie de ofrecimientos que tal vez me habrían arrastrado si hubiera flaqueado en aquel momento. Para desapegarme, tenía que empezar allí, en ese instante, y ser inquebrantable hasta el final. Una pequeña concesión me habría precipitado al abismo, y no habría tenido el valor de renunciar a nada y aceptar las desgracias que me aguardaban hasta el final de mi larga caminada. Se trataba de no ceder en nada o perder la propia alma.

En el reverso de la medalla, yo pensaba: «Plinio Corrêa de Oliveira, ¡qué complicada es esta vida! A cada instante, un licor llega a mis labios, un licor que, como todo hombre, deseo beber, y en cada ocasión debo rechazarlo porque para mi alma es un veneno. ¿No sería mejor acabar con esto?». Desde este punto de vista, sentí alivio al dejar de ser diputado, porque al menos era una prueba constante que se alejaba de mí.

Esta es una noción de cómo fue ese tiempo dentro de mí mismo, cómo viví esa época, cómo experimenté la situación. Fue mi lucha contra el orgullo; Nuestra Señora me concedió su gracia y no cedí. Era el fin de la batalla por el prestigio durante ese período de mi vida.

Pompa y solemnidad en la clausura de la Asamblea Constituyente.

El Palacio de Tiradentes estaba decorado con flores y guirnaldas; una banda tocó el himno nacional y el cuerpo diplomático estaba presente, altas autoridades, todas alineadas, rígidas, con sombreros de copa. Era el símbolo del antiguo orden. Sonaba el carillón de la cercana iglesia de San José, al igual que el de la catedral. En cierto momento, en medio de aquella oscuridad, iluminada solo por focos que recorrían ciertos rincones de la Cámara, entró Getúlio, pequeño, vestido con frac. Tomó asiento en la mesa presidencial para firmar la Constitución; posó para las fotografías que los medios de comunicación de la época difundirían.

Nuestro grupo parlamentario —compuesto casi en su totalidad por miembros del viejo São Paulo— era oficialmente anti-Getúlio hasta la médula. Había algunos diputados de la oposición, entre ellos Zoroastro Gouveia y un diputado, pastor protestante, ex salesiano, llamado Guaracy da Silveira: blando, untuoso, mujeriego y tan antipático como se puede ser. El resto de la Asamblea Constituyente apoyaba a Getúlio Vargas.

Los diputados firmaron la Constitución; algunos portaban plumas históricas, pertenecientes a su abuelo, que había firmado algún documento, o a su padre, que las había utilizado en otra ocasión importante.

Getúlio pronunció un discurso para clausurar la Asamblea Constituyente; durante la ceremonia, su expresión fue cínica y desdeñosa, como si dijera: «Pronto violaré esta Constitución…». De hecho, solo duró tres años.

Ese día recibí un telegrama de Dom Duarte y de todos los obispos de la Provincia Eclesiástica de São Paulo agradeciéndome efusivamente el excelente servicio prestado en la Asamblea Constituyente. Consideré que, desde el punto de vista de la vida espiritual, sería más apropiado no publicarlos, sino conservarlos, pues podrían generar cierto orgullo, aunque habrían sido muy útiles para nuestra causa si los hubiera hecho públicos.

Antes de que terminara la ceremonia, me retiré, guardé mi levita y mi sombrero de copa, y esa misma noche me embarqué rumbo a São Paulo. Para mí, la Asamblea Constituyente había terminado; era un cúmulo de ideas sin sentido.

De vuelta en São Paulo, reencuentro con doña Lucilia

Durante mi mandato como diputado, pasaba la semana en Río de Janeiro. Tomaba el tren el viernes por la noche —en aquel entonces no había vuelos— y llegaba a São Paulo la madrugada del sábado. Comulgaba y volvía a casa para pasar un cortísimo tiempo con mi madre hasta el domingo por la noche.

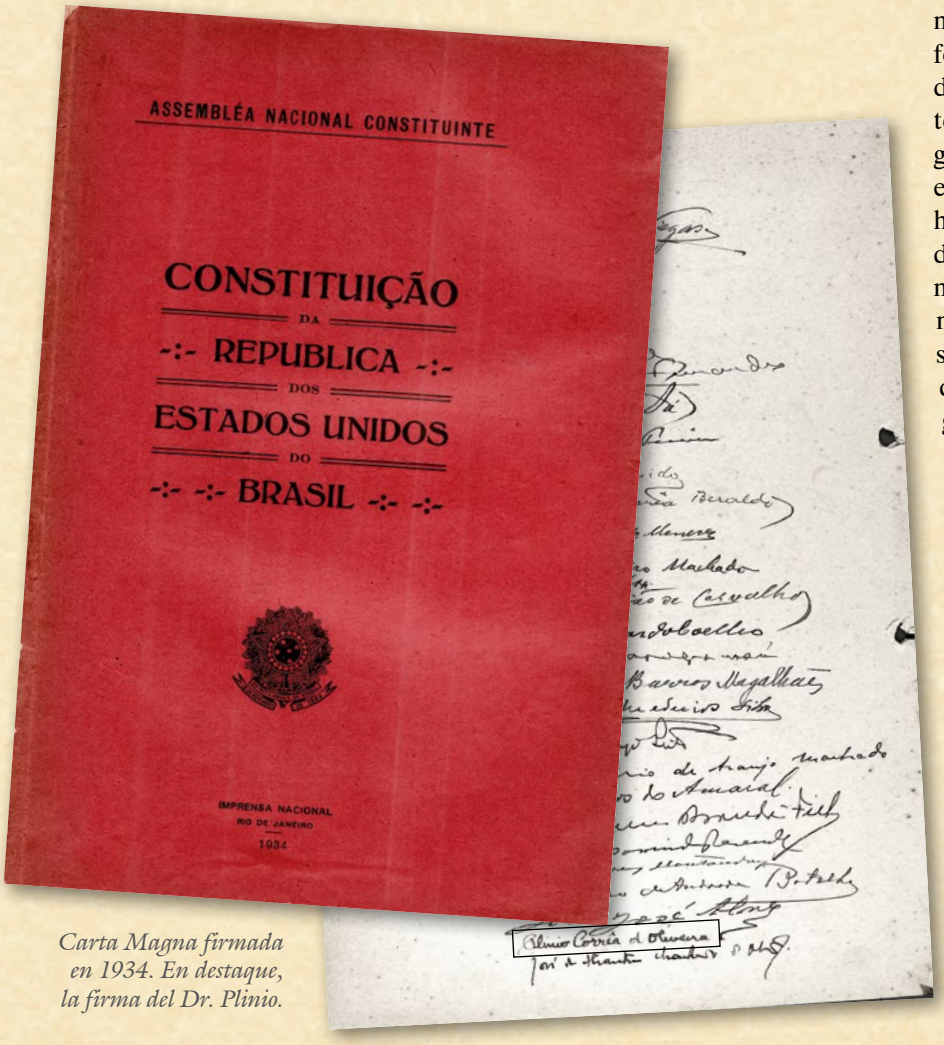
Cuando terminó mi mandato, envié casi todas mis pertenencias a São Paulo, por la Central do Brasil, dos o tres días antes de mi partida. Quería ver salir de Río todas las cajas con los objetos que no podía perder: libros, papeles, ropa. Solo dejé conmigo lo indispensable.

Al regresar a São Paulo, encontré a Doña Lucilia ya instalada en una casa en la calle Marquês de Itú, en el barrio de Higienópolis. Siempre que volvía de un viaje, sentía una especie de ansia por verla y sentir el efluvio y la calidez de su compañía, porque para mí, São Paulo era como mi madre. Quería encontrarme con ella, estar con ella, ver cómo estaba y, ¿por qué no?, que ella me viera. Me gustaba sentir su mirada, su deseo de que estuviera bien.

Ella me colmó de atenciones, demostrándome su agrado de todas las formas posibles. En un momento dado, me dijo: «Hijo, estaba tan contenta con las primeras cajas que llegaron que yo, aunque mayor como estoy —ella rondaba los sesenta—, hice algo infantil: cuando la empresa de transporte las trajo y las dejó en medio de la casa, yo, sin fuerzas para moverlas, las besé una por una con satisfacción, ¡porque me di cuenta de que eras tú quien empezaba a regresar!».

Fue entonces cuando comprendí, a través de su alegría, el aislamiento en el cual ella se encontraba.

Comenzaba otra etapa para mí. La Asamblea Constituyente había cerrado en condiciones desfavorables para mí, ya que todos los diputados partidarios de Getúlio Vargas votaron a favor de su disolución en seis meses de existencia. Me quedaban pocos meses de mi mandato parlamentario y necesitaba ocuparme de mi vida, arreglar mi casa, poner mis cosas en orden, hasta poder iniciar las negociaciones para la elección de una Cámara Federal en el Senado Federal. ❖



Carta Magna firmada en 1934. En destaque, la firma del Dr. Plinio.

Santoral

1. San Alfonso María de Ligorio, obispo y Doctor de la Iglesia (+1787).

Santos Domingos Nguyen Van Hanh (Dieu) y Bernanrdo Vu Van Dué, presbíteros y mártires (+1838). En tiempos del emperador Minh Mang, fueron decapitados por permanecer fieles a su fe en Cristo, en Nam Dinh, Tonquim, Vietnam.

2. XVIII Domingo del Tiempo Ordinario

Santa Céntola, mártir (Fecha incompleta). Venerada en Burgos, España.

San Justino María Russolíllo, presbítero (+1955). Fundó en 1920, la Sociedad de las Divinas Vocaciones, comúnmente llamados Padres Vocacionistas, en Pianura, Nápoles, Italia.

3. Beato Francisco Bandrés Sánchez, presbítero y mártir (+1936). Sacerdote salesiano. Asesinado en el sótano del Hotel Colón, durante la persecución religiosa desencadenada en la Guerra Civil Española.

4. San Juan María Vianney, presbítero (+1859).

5. Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor.

Santa Nona, madre de familia (+374). Madre de san Gregorio Nacianceno. Tuvo el honor de convertir al cristianismo a su marido, san Gregorio el Viejo.



Flávio Lourenço

Santa Céntola

6. Transfiguración del Señor.

Santos Justo y Pastor, mártires (+304). Eran hermanos; siendo aún niños, fueron degollados por ser cristianos, en Alcalá de Henares, España.

7. San Miguel de la Mora, presbítero y mártir (+1927). En México, durante la persecución religiosa por su condición de presbítero, lo asesinaron en Colima, alcanzando la corona del martirio.

Beato Vicente, religioso (+1504). Pertenecía a la Orden de los Menores, insigne por su humildad y espíritu de profecía.

8. Santo Domingo de Guzmán, presbítero (+1221). Fundador de la Orden de los Predicadores.

San Altmano, obispo (+1091). Gobernó la diócesis de Passau, Alemania. Fundador de numerosas comunidades de clérigos bajo la regla de san Agustín; restaurador de la disciplina del clero. Se destacó por defender la libertad de la Iglesia, fue expulsado de su sede episcopal, por el emperador Enrique IV. Murió en el exilio.

9. XIX Domingo del Tiempo Ordinario

San Bandarido, obispo y abad (+566). Obispo de Soissons, Francia, exiliado por Clotario I.

10. San Lorenzo, diácono y mártir (+258).

San Blano, obispo (+s. VI). Originario de Escocia, discípulo de San Congal.

11. Santa Clara de Asís, virgen y fundadora (+1253).

12. Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal, religiosa (+1641). Muerto su esposo, fundó bajo la dirección de su director espiritual San Francisco de Sales, la Orden de la Visitación de Santa María, que dirigió con sabiduría hasta su muerte.

13. Beata Gertrudes de Altenberg, abadesa (+1297). De niña, fue ofrecida a Dios en manos de su madre santa Isabel, reina de Hungría, en el monasterio premonstratense de Altenberg, territorio de Wetzlar, Alemania.

14. San Maximiliano María Kolbe, presbítero y mártir (+1941).

San Antonio Primaldo, mártir (+1480). Durante una incursión de soldados otomanos en Otranto, Italia, este sastre de edad avanzada, intrépido, exhortaba alrededor de ochocientos cristianos a perseverar en la Fe, hasta que finalmente los musulmanes decapitaron a él y los demás, por no apostatar de la fe.

15. La Asunción de la Bienaventurada Virgen María.

Beata Juliana de Bustos Arsízio, virgen (+1501). Le prohibieron ser religiosa, entonces se vio obligada a huir de su casa, para vivir con la eremita Beata Catalina de Pallanza; más tarde ingresó al monasterio del Sacro Monte di Varese, como hermana conversa.

16. XX Domingo del Tiempo Ordinario

Beato Simón Bokusai Kyota, catequista y mártir (+1620). El gobernador Yetsundo, ordenó su muerte colocándolo cabeza para abajo y también para su esposa Magdalena Bokusai Kyota, y el matrimonio de Tomás Gengoro y María, además a su hijo Santiago, por puro odio a Cristo, en Kokura, Japón.

San Roque de Montpellier, peregrino (+c. 1379).

17. Santa Juana Delanoue, virgen (+1736). Fundadora del Instituto de las Hermanas de Santa Ana de la Providencia.

18. San Agapito, mártir (fecha inc.). Martirizado en Palestrina, en Lacio, región de Italia.

19. San Juan Eudes, presbítero (+1680).

San Ezequiel Moreno, obispo y misionero (+1906). De la Orden de

Agosto


Flavio Lourenço

Martirio de san Alejandro de Bérgamo

Agustinos Recoletos. Ordinario de las diócesis de Casanare y Pasto en Colombia. Venerado como patrono de los enfermos de cáncer.

20. San Bernardo de Claraval, abad y Doctor de la Iglesia (+1153).

Beatos Luis Francisco Le Brun y Gervasio Brunel, presbíteros y mártires (+1794). El primero fue monje de la Congegación Benedictina de Santo Amaro; Gervasio, prior de la Abadía Cisterciense de la Trapa; en tiempos de la Revolución Francesa ambos fueron detenidos y colocados dentro de un barco-prisión, anclado frente a la costa de Rochefort, donde pasaron por situaciones inhumanas y de gran sufrimiento.

21. San Pío X, Papa (+1914).

22. Santa María Reina.

San Juan Wall, presbítero y mártir (+1679). Pertenecía a la Orden de los Frailes Menores; en el reinado de Carlos II de Inglaterra, fue condenado a la horca y después descuartizado.

23. XXI Domingo del Tiempo Ordinario

Santa Rosa de Lima, virgen (+1617).

San Flaviano, obispo (+s. VI). De origen lombardo, gobernó la diócesis de Autun, Francia.

24. San Bartolomé, Apóstol (+s. I).

Beato José Polo Benito, presbítero y mártir (+1936). Por odio a la Iglesia fue asesinado durante la Guerra Civil Española.

25. San Gregorio de Utrech, abad (+1775). Todavía siendo adolescente, conoció a San Bonifacio, se tornó su discípulo y lo acompañó en los viajes evangelizadores con el objetivo de la conversión de la Turingia y Hessen; luego fue abad del monasterio de San Martín y formó a muchos como misioneros, por ejemplo san Ludgero, el cual escribió su vida. Martirizado su maestro, dirigió la misión a frigia, duró veinte años y también, sirvió como administrador de la Iglesia de Utrecht, en los Países bajos.

26. San Alejandro de Bérgamo, mártir (+s. III/IV). Centurión de la legión tebana

Santa María de Jesús Crucificado (María Baouardy), religiosa (+1878). Nació en Galilea, de padres greco-católicos, quedó huérfana desde muy temprano. Un tío la educa y según la costumbre le proponen matrimonio y entonces huye. Un día un hombre musulmán, enfurecido le corta la garganta, pero una intervención milagrosa la salva. Ingresa a la Orden del Carmelo, donde fue favorecida por gracias místicas impresionantes. Fundó los monasterios carmelitas de Belén y de Nazaret.

27. San Rufo, mártir (+s. III/IV). Venerado en Capua, región de la Campania, Italia.

Santa Mónica, madre de familia (+387). Alcanzó de Dios la conversión de su hijo san Agustín, por sus lágrimas y perseverancia en la oración.

28. San Agustín, obispo y Doctor de la Iglesia (+430).

Santa Zélia María Guerin, madre de familia (+1877). Madre de santa Teresita del Niño Jesús.

29. Martirio de san Juan Bautista.

San Sebio, rey y monje (+c. 693). Rey de los Sajones Orientales. Tenía treinta años en el reinado y presintió que su muerte se aproximaba, entonces abdica para tomar el hábito monástico en Londres, poco tiempo después muere santamente.

30. XXII Domingo del Tiempo Ordinario

San Pamaquio, senador (+410). Procedente de la noble familia romana de los Camilos, tuvo una gran amistad con san Jerónimo. De carrera política, llegó a importantes cargos públicos, era insigne por su generosidad y celoso guardián de la fe. En Monte Celio, erigió la Basílica de san Juan y Pablo, dedicada a los dos soldados romanos martirizados en la persecución de Julián, el Apóstata.

Beato Esteban Nehmé (José Nehmé), religioso (+1938). Pertenecía a la Orden Maronita Libanesa.

31. Beato Andrés de Borgo Sansepolcro, presbítero (+1315). De la Orden de los Siervos de María, se destacó por su gran elocuencia, vida eremítica y vigorosa evangelización.


Gabriel K

San Juan Eudes

Divulgación (CC3.0)

VIII

Fidelidad incólume al ideal

El Dr. Plinio prefirió sufrir una caída en su carrera a dejar de tener una dedicación y un compromiso exclusivos para con la Iglesia y la Civilización Cristiana. Muchas invitaciones fueron recibidas por él, pero supo menospreciarlas con honor.



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1934

De acuerdo con el mecanismo de organización democrático, representativo y federal de Brasil, terminada la Constituyente, el electorado debería ser convocado para la elección de una Cámara Federal y otra Provincial. Los políticos se empeñaron en eso.

Me quedaba la duda: del punto de vista del apostolado y para el bien de la Causa Católica, ¿sería más útil mi liderazgo en el Movimiento Católico o la continuación de mi carrera política? Optando por esta última, yo podría llegar a ser senador y participar en vaRíos actos del Gobierno, en los cuales la Iglesia tuviera interés. Por otro lado, conquistando esos cargos, podría consolidar mi liderazgo, del cual deseaba hacer una obra que se explayara por Brasil e influyera en los acontecimientos; algo del género de la TFP, que aún no existía y a la cual yo no sabría explicitar en aquel tiempo.

Ahora bien, Nuestra Señora había dispuesto que llovieran sobre mí sufrimientos colaterales muy pungentes en ese período.

Propuestas del Arzobispo

Cierto día, D. Duarte me llamó y dijo:

—Tengo que darle un aviso doble: estoy muy contento con su excelente servicio, pero debo decirle que la Liga Electoral Católica no actuará más, porque ya obtuvo todo cuanto de ella se esperaba, y, por lo tanto, no presentará más candidatos para las próximas elecciones. Le propongo a Vuestra merced que se aliste en alguno de los dos grandes partidos de São Paulo, con el cual más simpatice.

Uno era el Partido Constitucionalista, de tendencia de centro-izquier-

da. El otro, el Partido Republicano Paulista, de tendencia centro-derecha. Yo sabía que él tenía simpatía por este último; yo no la tenía por ninguno.

Él continuó:

—Yo necesito conseguirle una candidatura a diputado en cualquier partido donde Vuestra merced quiera entrar.

Con la votación enorme que yo había obtenido, los dos partidos querían tenerme en su lista, porque yo llevaría conmigo millares de votos, que beneficiarían a todos los candidatos y al propio partido.

Yo dije:

—Sr. Arzobispo, Vuestra Excelencia sabe que soy monarquista y no me sentiría bien alistándome en un partido republicano.

—Pero, si quiere el Constitucionalista, yo también se lo consigo.

—Como miembro de uno de esos partidos, yo me sentiría mal. Con la LEC era diferente, no era ni pro ni contra la república o la monarquía. Sobre todo, yo quiero continuar como líder católico, y como católico practicante. Tal vez me presente como candidato independiente.

—Como independiente Vuestra merced no será elegido.

Eso equivalía a decir: no tendrá ningún apoyo oficial católico.

La condición implícita era: aceptar integrarme a algún partido, o no ser electo. Vacilaba, por lo tanto, entre la miseria o la reelección. Y opté por la primera:

—Sr. Arzobispo, le agradezco a Vuestra Excelencia. Veré lo que puedo hacer, pero no entraré en ningún partido político.

– Entonces guarde bien en su memoria que yo hice lo posible para que Vuestra merced continuara su carrera política y, si no continuó, fue porque no lo quiso. No quiero que se pueda decir que, habiéndolo hecho entrar en la política, lo haya abandonado después.



ACMSP (CX-06-18)

D. Duarte Leopoldo e Silva

En aquel tiempo, entrar en un partido político era renunciar a la posición de líder católico. Ahora bien, yo, que era por naturaleza y por vocación líder católico, ¿recibir de mi Arzobispo la invitación para dejar de serlo? Él parecía enteramente indiferente a que yo continuara como católico militante o no. Fue para mí un dolor muy pungente, amargo a más no poder, además de ver la Liga Electoral deshecha por resolución conjunta del episcopado.

Candidatura a diputado provincial extrapartidario

Yo estaba decidido a no hacerme elegir por un partido, pues equivaldría a entrar a una categoría de gente sin popularidad verdadera, que maneja máquinas electorales, se hace elegir por ellas, pero no tiene la consideración del público. Había un desprestigio profundo, una sospecha del pueblo en relación a la clase política.

Yo perdería parte de mis adherentes y la consideración de joven católico, de costumbres inmaculadas, de dedicación y compromiso exclusivos para con la Iglesia y la Civilización Cristiana. Y, con eso, mi figura de líder católico quedaría grave e irremediablemente empalidecida.

Un líder con compromisos con partidos no sería un hombre que se dio con incondicionalidad a la Iglesia, para la vida o para la muerte, sino que conservó sus intereses. No era eso lo íntimo de mi alma y no era esa la figura que yo debería presentar para ejercer el liderazgo que a mí me parecía necesaRío para la Iglesia.

Ahora bien, en determinado momento, comencé a recibir presión de varios católicos: "¿Por qué no presenta su candidatura?" Fui buscado por un buen número de congregados marianos, algunos de los cuales eran de prestigio e importancia, que me decían que no se consolarían con la idea de que yo no fuera candidato. Comprendí que un buen grupo de católicos aún votaría por mí, dándome la posibilidad de ser elegido.

En aquel tiempo, además de los candidatos que la ley electoral permitía que fuesen elegidos por partidos, había la posibilidad de que una persona se presentara como candidato independiente. No entraba en

las listas de ningún partido y quien quisiera votaba por él. Si yo tuviera suficiente prestigio personal para tener el número satisfactorio de votos, estaba hecha mi elección. Si no lo tuviera, quedaba derrotado.

Para animar a mis amigos congregados marianos, les manifesté la posibilidad de que yo me presentara como candidato independiente y ellos se entusiasmaron con la idea. Eso tenía la ventaja de que yo no me comprometería con nadie y conservaría la fisonomía moral y de hombre público, como mi vocación pedía.

Yo debería tomar en consideración que no me convenía ser diputado federal, pues, para ejercer el mandato, debería volver a Río de Janeiro. Ahora bien, el medio católico de Río se demostraba cerrado para mí. Por otro lado, si siguiera allá durante cuatro o cinco años estando en São Paulo únicamente los sábados y domingos, los contactos en São Paulo quedarían liquidados, yo perdería mi liderazgo en el Movimiento Católico de São y nuestro "Grupito" naciente se desarticularía.

Del punto de vista personal yo podría transferir a mí madre para Río y vivir con ella allá. Sin embargo, eso no resolvía mi caso.

Por lo tanto, la primera resolución era la de no hacerme elegir diputado federal, sino provincial, con la ventaja de intervenir mucho más en el Movimiento Católico, el cual ya sentía minado por vestigios del progresismo.

Más de veinte candidatos concurrían para diputado federal, en cuanto tres o cuatro para diputado provincial. Así siendo, yo tenía buenas posibilidades de ser elegido. No obstante, sin ser presentado por la LEC de modo oficial, estaba claro que no tendría la votación alcanzada en la primera elección.

Negociaciones político-partidarias me eran hechas, invitaciones taxativas y positivas que concurrieron para que yo reforzara mi candidatura como diputado independiente. Era lo que yo deseaba.

Instado a pertenecer a los partidos políticos

Hubo una ocasión en que yo recibí una llamada por teléfono del Partido Republicano Paulista: "Dr. Plinio, queremos invitarlo para diputado provincial y nos gustaría que Ud. nos marcara una hora."

Yo marqué un encuentro en mí propia casa. Estuvo allí un diputado, cuyo nombre olvidé, conversamos cordialmente. Al final, él me invitó con mucha insistencia a ser diputado provincial por el Partido Republicano Paulista: "Venga. Vamos a hacer una Convención en la cual Ud. será aclamado. No necesita hacer el menor esfuerzo para ser elegido, porque la dirección del partido presentará su nombre dentro de la lista. Cuide únicamente de su elección fuera, con sus propios cuadros electorales. Ud. no perderá tiempo ni tendrá gastos con nosotros."


Divulgación (CC3.0)

Dr. Antonio Cintra Gordinho

Son las eternas paradojas que yo cuento para que se comprenda cómo es difícil la vida de quién sirve a Nuestra Señora, llena de aparentes contradicciones. Esa no era una contradicción pungente, pero muchas veces ellas lo son.

Yo le agradecí y por cortesía le dije que iba a pensar. Pasados algunos días, lo llamé por teléfono para avisarle: Estoy muy agradecido; pero, no cuenten conmigo para entrar en el partido."

Días después, el Partido Constitucionalista me hizo una insistencia abierta, sin reserva, ofreciéndome una situación política mejor: diputado federal. Me fue a visitar el Dr. Antonio Cintra Gordinho[1], entonces presidente de la Asociación Comercial de São Paulo, hombre muy rico, influyente, de un trato, por cierto, muy simpático. Él vino a casa y hubo una larga insistencia para que yo entrara al Partido Constitucionalista, al cual él pertenecía.

— Dr. Plinio, el Partido está reunido en asamblea plenaria, está todos haciendo discursos para entretener a los convencionales, y sólo falta su palabra para que queden constituidos en definitiva los miembros de la lista. Están esperando su "sí" o su "no". Si Ud. acepta, los llamo por teléfono desde aquí mismo dándoles la noticia y, dentro de media hora, la lista estará aprobada con su nombre. Ud. va conmigo en automóvil a la convención y será aclamado candidato. Si Ud. no acepta, será una tristeza.

Yo respondí:

—Dr. Gordinho, transmita mis agradecimientos a los otros miembros de la mesa del Partido Constitucionalista. No obstante, yo estoy firmemente resuelto a no entrar en ningún partido político. La invitación me honra mucho, pero mis conveniencias no son esas.

Él se despidió al final, y fue a comunicar que yo no aceptaba.

Armando Salles[2] también me invitó para pertenecer al Partido Constitucionalista. Estaba la Convención reunida y mandaron a Piza Sobrinho para que me procurase en casa, diciendo que esperaban mí respuesta. Laerte Assumpção[4] presidía la sesión y mandó a que me dijeran que hasta el último momento me guardaba una banca de diputado provincial.

El integralismo también me invitó insistentemente. Los rechacé a todos, afirmando que me presentaría como candidato independiente.

Comenzaron, entonces, las articulaciones con los políticos, que insistían en invitarme, y con los congregados marianos, para organizar un comité de propaganda electoral en todo el estado de São Paulo. Yo les daba informes todos los días sobre las negociaciones, porque pensaba que era oportuno que tomaran conocimiento de que los grandes partidos me invitaban y que yo rechazaba. Quedaba constando que tenía las puertas abiertas y que no había adherido porque no quería.

En ese período, continuó pesando sobre mí aquel conjunto de neuralgias que tuve en Río de Janeiro. En cierta ocasión, sentí tanto, tanto dolor, que comencé a andar en el cuarto de un lado para otro. Al final, cuando la neuralgia pasó, me di cuenta que estaba sentado debajo de una mesa de trabajo que había en mí cuarto de dormir. Al rayar la aurora, el dolor comenzaba a disminuir y yo, al final, podía dormir.

Pero ya temprano comenzaban a llamarme por teléfono, preguntando como proceder en la campaña electoral que debíamos llevar adelante.



Archivo Revista

Doña Lucilia

Incondicional generosidad de Doña Lucilia

Fue entonces que mi madre intervino con mucha generosidad. Una tía de ella, soltera, hizo un buen negocio. Buscó a sus tres sobrinas, una de las cuales era Doña Lucilia, y le dio a cada cual una cuantía como regalo. Era un razonable valor, equivalía a casi un año de mi sueldo.

Mamá me contó el hecho:

—Hijo mío, recibí este dinero. ¿Cómo quieres aplicarlo? Yo confío enteramente en ti. Si quieres puede ser destinado a amueblar nuestra casa –era una casa muy insatisfactoria, y el interior quedaría organizado–, pero tu debes estar necesitando dinero para tu candidatura. Por eso te lo entrego para que tu hagas el uso que quieras.

Yo dije:

—*Mãezinha*, voy a pensar un poco… Vamos a ver cómo corren las cosas.

De hecho, yo quería ver como corría la política, porque al principio me quedé muy dudoso de mi candidatura. Ahora bien, si yo ni siquiera me presentara como candidato, sería una forma de flaqueza que aceleraría aún más mi desmoronamiento y mí desprestigio en São Paulo.

Hice el presupuesto de cuánto costaría la campaña electoral y era el valor exacto que mi madre había recibido de mí tía. Medí bien las posibilidades: "Para la Causa Católica, es mejor hacer ese sacrificio, intentar la propaganda y jugarnos en la campaña electoral, cueste lo que cueste."

Continuaríamos viviendo en condiciones precarias, sin ni siquiera poder decorar nuestra casa, quedaría todo desarreglado. Mi madre tenía buenos muebles heredados, pero no formaban un amoblamiento completo. No tenía alfombras ni cortinas, no eran condiciones buenas para que ella viviera.

Procuré a mamá y le dije:

—*Mãezinha*, para mí lo mejor sería candidatizarme, asumir la cátedra en la Facultad de Derecho y, con nuestra casa razonablemente arreglada, llevar adelante la vida con lo que yo reciba como profesor. Me recibí de abogado, puedo tratar de abrir una oficina en Río de abogacía, de conseguir clientes y está todo re-

Divulgación (CC3.0)



D. Epaminondas Nunes de Ávila y Silva

suelto. Pero, la ventaja para la Causa Católica consiste en que yo me postule como diputado independiente.

Le expliqué a ella en qué consistía y proseguí:

—En esas condiciones, le pido para, de hecho, echar mano de todo su dinero para hacer mí campaña electoral.

Mamá fue modelar, aceptó con toda naturalidad, me dio el rollo de dinero en el mismo momento:

— *Filhão*, (expresión cariñosa acuñada por Da. Lucilia para dirigirse a su hijo) lo que tú quieres tú lo tienes. ¡Todo mi dinero, todo cuanto es mío, dispón como tú quieras!

Ella nunca más tocó en ese asunto. Acepté y me jugué en la campaña electoral con todo el fuego.

Incansable campaña electoral

Comencé a trabajar. Montamos una oficina de propaganda electoral en la sala de un edificio de la Cruz Roja, en el centro de la ciudad, en la calle Libero Badaró, casi esquina de la Avenida San Juan. Constituimos un grupo de personas, varias de las cuales habían pedido vacaciones en sus respectivos empleos a fin de poder trabajar para mí elección gratuitamente. Era un servicio desinteresado de los buenos congregados marianos, lo cual yo intentaba compensar rezando por ellos y dispensándoles toda mi amistad. Era todo lo que yo tenía.

Hice varias circulares con un programa, una de las cuales para todo el clero del Estado de São Paulo; envié cartas por montón para los sacerdotes del interior, para los congregados marianos, para listas de amigos, de ficheros de los cuales yo disponía. Organicé caravanas de jóvenes, congregados marianos y miembros del grupo del *Legionario*, que iban por las parroquias distribuyendo, por todas partes, cédulas que yo había mandado imprimir a centenas de millares. En ellas constaba: "Plinio Corrêa de Oliveira, para diputado provincial."

El consumo de cédulas fue fantástico. Mandé a imprimir carteles que fueron colocados en varios lugares de São Paulo. Publiqué un manifiesto anunciando mi candidatura; la élite de la juventud católica mariana de São Paulo me apoyó firmándolo, prestigiando mí candidatura.

Me acuerdo que cuando fue clausurada la campaña electoral, de ahí a algunos días, todos mis colaboradores afluían para mi escritorio electoral central, ya tarde, de noche, para comentar las disposiciones del electorado. Yo precisaba de cinco mil votos para ser electo, en cuanto que para diputado federal eran necesarios doce mil.

Yo les dije:

—Me jugué el todo por el todo, mis últimas economías. Si papá o mamá caen enfermos, no tendré con que pagar el tratamiento. ¡Yo tengo la seria esperanza de ser elegido! Pero, si yo soy derrotado, mi carrera política electoral está rota, estoy liquidado. Nuestra victoria en la Constituyente cerró mi camino; si la Iglesia aún me estuviese necesitando, me elegiría; pero me dieron billete azul en la disolución de la LEC, lo que debajo de un cierto punto de vista, es comprensible. Vamos a ver en que van a dar las cosas.

El problema de las urnas

Habíamos hecho una campaña muy activa, en la cual había sido aplicado todo el dinero dado por mamá. Todo indicaba que la elección correría bien. Pero circunstancias imprevistas la perjudicaron.

Mandé pedir a Tristão una carta respecto de mi trabajo en la Constituyente para presentar al púbico como modo de prestigiar mi candidatura. Él mandó la carta más fría, desmedida y saboteadora que se puede imaginar. D. Duarte hizo sentir que no me combatiría pero tampoco me apoyaría. Otros elementos eclesiásticos con los cuales yo contaba se desinteresaron, inclusive los obispos del interior, con excepción de D. Epaminondas[5], de Taubaté.

En esas condiciones fueron realizadas las elecciones; días después comenzó el recuento de los votos. Y los resultados fueron diferentes de lo que todos imaginaban. Era esperada la victoria del Partido Republicano Paulista, pero recibió votaciones muy menores en los lugares donde tenía los mejores motivos para esperar una gran victoria.

Por otro lado, comenzó un rumor de que había habido fraude en las elecciones; corrieron rumores de que las urnas habían sido forzadas. Y yo comencé a preocuparme mucho. "¿Cómo? ¿Qué va a suceder?" Traté de investigar lo que se hacía con las urnas en las elecciones. Y supe lo siguiente: todas las urnas eran selladas por los presidentes de las sesiones electorales y llevadas a un punto del Parque D. Pedro II, en una repartición pública, cuyas salas de la planta baja eran accesibles al público, defendidas solamente por rejas y por la luz prendida que daba un cierto control. De allá, las urnas deberían ser transferidas para el Tribunal Electoral, que haría el recuento de los votos.

Mi preocupación era que alguien tocara las urnas. Ningún partido político mandaba fiscales y quedaría rarísimo si yo mandara fiscales que las examinaran para controlarlas. Saldría toda especie de detracciones por los diarios y se levantaría contra mí una serie de oposiciones, que no evitarían gran cosa porque en el momento del conteo, ellos podrían contar los votos totales que quisieran.

Así, no había control posible. Yo me preguntaba donde quedarían las cédulas del resultado de las elecciones. Porque todos votaban, yo voté. Yo sólo podía confiar en Nuestra Señora, más nada.

Sabotaje durante el conteo

Ocurrió una serie de episodios; por ejemplo, un diputado opositor, enemigo del gobierno, dio una declaración por la radio de que las urnas donde estaban guardados los votos podían ser abiertas por cualquiera. Él hizo la demostración de abrir una de ellas con una llave de papel hecha por el mismo delante de todo el mundo en el Tribunal Electoral, y abrió sin violar uno sólo de los sellos.

Llamaron por teléfono del Tribunal Electoral a la *Gazeta*, que era en aquel tiempo el diario audaz de São Paulo. La sirena de la *Gazeta* sólo tocaba al mediodía y a las seis de la tarde, pero en ese día tocó a las diez de la mañana. La ciudad entera quedó en polvorosa: "Las urnas fueron abiertas, las elecciones son fraudulentas…" Deberían haber anulado las elecciones, no lo hicieron.

Antes de reventar ese escándalo, en el comienzo del conteo, tuve necesidad de tratar de un problema con el Presidente del Tribunal Electoral, Silvio Portugal[6], respecto de mi título electoral. Entré en la sala llena de gente y noté en su fisonomía una angustia al verme. No di la menor importancia.

Después tuve todas las razones para sospechar que mis votos habían sido sacados de las urnas en cantidad, por el hecho indiscutible de que había personas que habían votado en mí, pero cuyos votos no constaban en el conteo.

Uno de estos casos fue el de un sacerdote, que yo aún no conocía, llamado Antonio de Castro Mayer, de la Feligresía de Ó, seminarista en aquel tiempo. Era un fraude del cual yo no tenía la necesaria documentación, quedando sin medios para probarlo.

¿Cuál era el resultado? Estaba claro que habían sacado votos míos de las urnas y que yo podría haber ganado. Perdí.

Candidatos independientes había cinco o seis, tal vez un poco más. Pero, hombres conocidos por el público, éramos dos: Marrey Junior[7], pariente lejano mío, y yo. Entre los candidatos no partidarios al menos fui el más votado; tuve la mitad de los votos que me eran necesarios. No fui elegido, pero quedó una situación digna de un hombre que tiene un buen peso electoral. El diputado independiente más votado y que casi se hace elegir fui yo, a pesar de todas esas circunstancias contrarias. Lo que significaba que, habiendo condiciones favorables, yo habría vencido. En términos más claros, directos, estaba derrotado; mi carrera política estaba cortada. Noten el mecanismo de ese corte: una puñalada por la espalda.

Algunas otras circunstancias habían pesado contra mí elección, dos más especialmente.

Una circular adversa diseminada por la Arquidiócesis

Un día, apareció en mi casa el vicario de la Iglesia de Santa Cecilia, P. Paulo de Tarso Campos[8], que más tarde fue nombrado Obispo de Santos. Él había tomado contacto con grupo de sacerdotes y estaba indignado con lo que había pasado.

D. Duarte declaró que se desinteresaba por mi elección. El Vicario General había pasado una circular a todos los sacerdotes de São Paulo, pidiendo para que votaran en el can-



Divulgación (CC3.0)

Modelo de urna usada en 1934

didato del Partido Republicano Paulista, donde el hermano del Arzobispo[9], Tarcisio, era candidato. Decía que era un desprestigio para el Arzobispo que su hermano no fuera elegido, por lo que pedía, a título individual, que todos votaran por él.

¡No ser elegido el líder católico más conocido en São Paulo era un desprestigio para la Iglesia, y eso no tenía importancia; pero, lo que no se podía aceptar era el desprestigio para el Arzobispo!

El P. Paulo de Tarso Campos me mostró la carta para que yo la viera, diciendo, vibrando de indignación:

—Si tú quieres, vamos a constituir una comisión de sacerdotes para hacer una protesta a D. Duarte. Y vamos juntos, contigo, a hacer esa protesta.

Yo le tenía un gran respeto personal a D. Duarte. Además, era mi Arzobispo y no quería hacer ninguna presión sobre él. Yo prefería una derrocada en mí posición a apretar, aunque fuera con la punta del dedo, la persona sagrada de mi Arzobispo. Transmití al P. Paulo que si ellos querían hacer esa protesta les agradecería, pero no me asociaría. Y la cosa se deshizo como espuma.

Yo no quiero creer que la jugada haya sido de parte de D. Duarte. Pero el Vicario General, viejo amigo de D. Duarte, tuvo una debilidad y pasó la circular: "Aparte a Plinio y ponga a su hermano."

El hermano fue elegido y con muy buena votación.



ACMSP (PF-03-02-21)

P. Paulo de Tarso Campos

Las amenazas se cumplieron, pero nada afectó la fidelidad

O *Estado de São Paulo*, diario laico, tenía una sección religiosa, denominada "Movimiento Católico", dirigida por un viejo señor llamado Julio Rodrigues; ahí constaban noticias religiosas como una especie de basura, como informaciones de segunda clase. Pero esa sección era muy leída por el público católico, porque pensaban que era algo oficial de la Curia. No lo era, escribía por iniciativa propia. Pero, como él era un católico militante, el público tenía la impresión de que aquello era de la Curia.

Poco antes de las elecciones salió un artículo suyo censurando a los candidatos independientes, diciendo que la Doctrina Católica estaba en contra de los candidatos independientes. ¿Con qué fundamento? ¡Ninguno! Y recomendaba que solo se votara por los candidatos de los partidos políticos.

Yo, como sabía que esa sección era escrita por un particular y que no expresaba la voz de la Curia en nada, no le di atención en nada. Y salí a mi trabajo electoral.

Poco después recibí una llamada por teléfono de mi hermana indignada con lo que había sucedido. ¿Qué explicación tenía eso? Ella entendía que era un ataque directo de D. Duarte contra mí. Le expliqué bien la cosa, concluyendo: "Hago hincapié en que en esta casa, de aquí en adelante, se puede hablar libremente sobre D. Duarte, ¡pero no permito que se hable en contra de él! Porque es mi Arzobispo y no soporto que se hable en contra de él."

Orientación o prescripción que fue cumplida perfectamente. En realidad, me perjudicó y no poco. Mi carrera política estaba liquidada. Aquellas amenazas que recibí se realizaron punto por punto. Yo no había cedido, fui aplastado.

¿Cómo se maniobró para llegar hasta esto? ¿Cuáles fueron las personas que trabajaron conscientemente para eso? ¿Cuáles son las que se dejaron envolver y maniobrar? En el juicio de Dios se sabrá. No acusaré a nadie. Puede haber muchos que se dejaron iludir o intimidar.

Puede haber habido innumerables otros que sabían lo que estaban haciendo. No sé, lo dejo en el aire.

Yo no había pedido nada a Nuestra Señora, me dejé llevar hasta allá y no pedí nada, ni siquiera hice una jaculatoria. Y así fue mi vida, con altos y bajos hasta hoy.

Lucharé hasta el fin

¡Yo veía el oleaje que venía a destruir todo cuanto había esperado! Parecía que las estrellas del cielo se lanzaban sobre mí como si fuesen piedras y yo decía: "No entiendo nada. No tengo fuerza, relaciones ni medios para hacer frente a esta horda de enemigos que avanza con la intención de aplastar la obra que yo estaba construyendo.

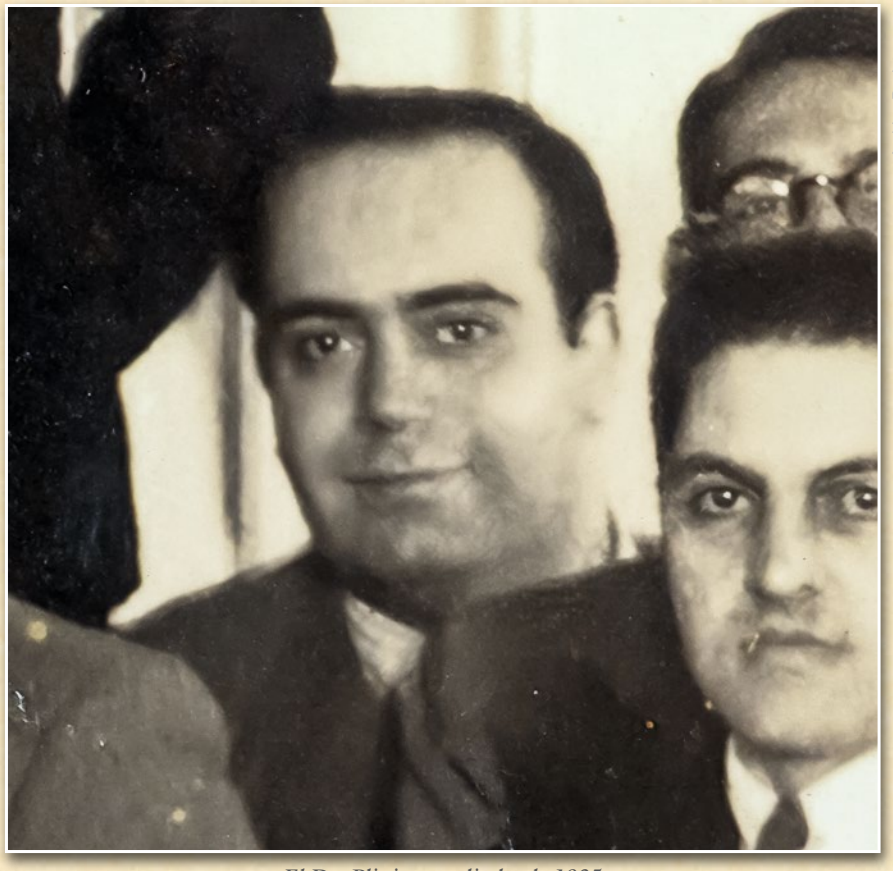
Ya preveo la derrota y el aplastamiento, pero ¡lucharé hasta el fin!" Toda la esperanza que yo tuviera de constituir una Contra-Revolución para aplastar a la Revolución daba en lo contrario. La Revolución se volvía contra mí, pareciendo aplastarme.

Se comprende cómo era sombría la perspectiva. Y yo pensaba: "¿Cómo saldré de eso? ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Habré cometido algún pecado que ignoro? ¿Existirán en mí tal vez residuos de amor propio, de orgullo, de algo que no noto, pero que pesa contra mí en la balanza de Dios? ¡Nuestra Señora me dio tanta devoción a Ella! Sin embargo, parece que está muda delante de mí. ¡Si yo dijera que mis enemigos me asaltan no sería nada! ¡Mi madre celestial me ignora…!"

¡Era el cuadro de un cerco completo, una tragedia a los veinticuatro años! La enfermedad y el infortunio se abatían sobre mí, y yo pensaba: "Tal vez yo deba ofrecer mi vida a Dios como víctima expiatoria, a fin de que otras almas hagan, en la Tierra, lo que no fui capaz de hacer."

Una conclusión muy triste, pero algo me decía en lo interior: "¡Tú no tienes el derecho de pensar así! ¡Tienes la obligación de esperar que suceda otra cosa y que las viejas esperanzas de tus primeros años se realizarán!"

Nuestra Señora había dado a entender que ella quería que yo formara una Orden de Caballería. Por lo tanto, debería creer que, a pesar de todos los obstáculos y adversidades, yo tendría de hecho todos los recursos necesarios para esa fundación.



Archivo Revista

El Dr. Plinio a mediados de 1935

Desde que yo fuera fiel, viviera en estado de gracia y fuese progresando en la virtud, Nuestra Señora haría por mi intermedio aquello que yo percibía que era su determinación.

Entonces, yo comprendí la confianza: saber interpretar las señales y las manifestaciones de su voluntad y confiar en una cosa razonable. El *Libro de la Confianza* tomó para mí todo su sentido. La Providencia parecía querer que yo sobreviviera y realizara esta obra.

Tiempos después, comenzó a nacer en la Congregación Mariana de Santa Cecilia un núcleo sobre el cual se cernía un designio. Era una primera renovación de mis antiguas esperanzas que renacía del árbol que yo plantara y que el soplo de la herejía lanzara al suelo. Unas frutas cayeron, echaron en la tierra algunas semillas y otra obra nacía; mí alma se volvía a ella. ¡Era mi Orden de Caballería! ❖

---

1) Empresario, natural de Limeira, interior de San Pablo (*1893 – +1966).

2) Armando de Salles Oliveira, ingeniero y político (*1887 – +1945).

3) Luis de Toledo Piza Sobrinho, político (*1888 – +1993).

4) Laerte Teixeira de Assumpção, político (*1880 – 1950).

5) Epaminondas Nunes de Ávila e Silva, Obispo de Taubaté (*1969 – +1935).

6) Ejerció la presidencia del Tribunal Regional Electoral de São Paulo de 1934 a 1935. (*1890 – 1945).

7) José Adriano Marrey Júnior (*1885 – +1965).

8) Natural de Jaú (*1895 – +1970).

9) Tarcísio Leopoldo e Silva (*1888 – +1962).



Fra Angelico (CC3.0)

Virgen de la Humildad
Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

Régimen de gobierno marial

La mediación de María debe ser vista no solo en cuanto la intercesión de Aquella que reza por todos, sino como siendo Ella la Reina del universo.

Nuestro Señor le dio a la Santísima Virgen, que es Madre y no tiene papel de juez, una realeza con todas las indulgencias, todos los extremos de misericordia de madre que la autoridad paterna de sí no comporta. Él la coloca como Reina, a fin de gobernar todo así.

Por lo tanto, hay un régimen marial de gobierno del universo. Y, más que Medianera omnipotente y suplicante, Ella es la Reina que conduce los acontecimientos y dirige la Historia.

Cuando la Iglesia canta a respecto de la Madre de Dios "Tú sola exterminaste todas las herejías", afirma que su papel en ese exterminio fue único. Quien promueve la eliminación de las herejías dirige los triunfos de la ortodoxia, y quien dirige una cosa y otra dirige la Historia.

Esa noción a respecto de la realeza de Nuestra Señora ligada a la mediación universal explica bien como la devoción a Ella está absolutamente en la raíz de todas las victorias de la Contra- Revolución.

(Extraído de conferencia de 11/7/1967)